

El son del infinito. Entre el mundo, entre Madrid y entre la mierda...

Mariano A. Vico

Image not found.

Capítulo 1

El son del infinito. Entre el mundo, entre Madrid y entre la mierda...

© Mariano Arévalo Vico, 2016

© Ilustración y diseño de portada por Mariano A. Vico

A Paloma

Te había imaginado durante tantos años, que no pensé que llegaras a existir de verdad.

Gracias, por este día a día con sus noches.

EL PRÓLOGO

Empezé a escribirlo en incontables ocasiones, y en algunas, incluso llegué a terminarlo. Y nada, todos acabaron en la basura. Supongo que no he logrado estar a la altura de escribir mi propio prólogo. Así que hasta que dé con algo mejor, esto que lees será lo que lo sustituya. En fin, tan solo pretendía contar algo acerca de este libro, pero el caso, es que ni siquiera me aventuro a llamarlo libro. Así que de momento, llamemos "prólogo" a esto, y de momento y a lo otro, llamémoslo "libro". A parte de esto, lo otro, no son más que un puñado textos (que tampoco sé cómo llamar), y que recopilados, dan consistencia a lo que ahora sostienes entre las manos. Evitando escribir sobre lo que pueda resultar obvio, tan solo llego a decir, que además de sentirme verdaderamente orgulloso de él, este libro entrecomillado y falto de prólogo, es en cierta manera y entre otras

cosas, una especie de manifiesto vital.

Mariano

Marzo 2016

Este es un marzo diferente, será un marzo inolvidable. Es mi marzo que se marcha. Es un marzo de cuarenta años. Otro marzo más.

Peor que nunca jamás

No hay nada peor que encontrarse cada día con el amor y no poder ofrecerle nada. No hay nada peor que encontrarse cada día con la vida y no poder vivirla.

Agenda, reloj y espuma

Otro codazo. El día es un horario, una cuadrícula sin alma. Un salario corrupto, una vida prensada. Miro los números, siempre están en rojo. Y sueño con una sonrisa que era la mía, esperando turno junto al resto. Todo parecen restos, sí. Este es mi lugar, mi estrecho sitio en la fila. Aquí el aire es tan escaso. Agacho la cabeza y encojo los hombros; no hay nada que ver. No hay nada que hacer. Avanzo otro paso, y aguardo mi hostia. Aprieto los ojos, porque no estoy dormido. Saco la agenda y apunto. Otro pobre cabrón que sueña. Tras aquella montaña a lo lejos que parece pintada. Quizá se halle el mar, su rumor, la espuma... aquellas fragancias. Lo escribo en mi agenda y la escondo. Jadeo en silencio. Y espero en mi sitio, apretado. Y miro de nuevo el reloj, y luego, agarro mi pala.

Sentencia

Me estoy muriendo. Te estás muriendo. Y entre tu muerte y la mía, sueño

que debería existir algo más que una vida.

Nada sobrevive

Un brote de vida, pequeña flor que emerge escondida. Brutal delicadeza que se hace hueco, y que pisada se marchita al instante. El desasosiego fulmina mi eternidad. La resurrección es imposible. Todo parece muerto, y a mis ojos lo está. Todo se presenta gris, y así penetra en mi entraña. Me corrompo junto a todo, y tan solo alcanzo a suspirar. Ni siquiera agacho la mirada, ni siquiera miro al minúsculo cadáver de la flor. Nada sobrevive a la atrocidad del momento. Otra luz que se desvanece. La invisibilidad está de moda. Es mi bota la que aplasta con su suela llena de mierda. Un rastro negro fácil de seguir. Yo y mi paso, la ciega pisada.

Take it easy cabrón

He llegado, y como quien dice, a la fuerza. Me han traído a esta fiesta de mierda sin preguntar. Me cago en el derecho de admisión. Menuda sorpresa de lugar y de gentes. Aquí estoy, y aquí todo vale. ¡Por dios, menudo carnaval de los horrores! No voy a quejarme más, pero aquí todo invita a irse, a pirarse a la francesa.

Lee y muérete

Otra maldita casa con sus paredes y un colchón. Unas rodillas verdes y dolidas. No hay ninguna suerte tras el trébol de cuatro hojas. He recogido tantos como ojos consumidos. Todos yacen aplastados entre las hojas de mis libros, entre las letras de poetas muertos. Una rosa se marchita en el rosal, apenas durará unos días. Al igual, se muere la que recogí ayer. Florecía en un jardín contaminado. A la vista de todos, y nadie advirtió su verdadera y fatal belleza. Era perfecta. Era perfecta. ¡Era una rosa perfecta! Saqué la navaja y la corté, clavándome varias de sus espinas. Los insectos la devoraban sin compasión, lacrimaba gotas de rocío y savia. La limpié y me lamí las heridas. Entre tanto rojo derramado, y solo un poco de sangre. Marché a casa con esa emoción difícil de contener. Lejos de todo y mientras nos marchitábamos, hicimos el amor. Lo hicimos sin música, sin carne ni salivas; solo ella y yo. Recibo otro correo electrónico y lo leo. *"Las empresas están buscando candidatos con esta formación: Higiene e hidratación fácil y corporal. Curso de camarero profesional. Curso de seguridad informática. Curso de tanatoestética y tanatopraxia a distancia. Comunicación en lengua de signos española."* Suspiro y me cago en dios. La flor ya está muerta. Intento no pensar y me clavo otra

espinas. Debería marchar a por otra, otra rosa con la que compartir esta maldita brevedad. Tal vez no, no sé... intento no pensar demasiado. El dolor. Una espina más y algo de sangre. Intento no sentir demasiado. Quizá debiera volver a las páginas de mis libros, permanecer junto a los tréboles secos... entre todos esos poetas muertos.

Otra putada más

Una marca de nacimiento. Es algo con lo que tengo que vivir, y es extremadamente doloroso. Ver en los ojos de los demás todo lo que no quieren decir, todo, lo que ni siquiera ellos saben. Es doloroso y fatal, no poder perder la cordura.

Nudismo integral

El interior agitado y turbio, unos ojos abiertos y todo está borroso. Respiro angustiado porque no llego, nunca llego. Las manos me sujetan el pecho que no respira. Permanezco en el más absoluto silencio, sabiendo que las palabras no valdrán de nada. Mudo, como si nunca hubiera tenido una boca con la que saciarme. Primero me despojo de todo aquello que no me pertenece. Dejo caer cada prenda, muy despacio, una tras otra, y todas son negras. Luego caen los anillos, los pendientes... y el resto de accesorios. Abro los ojos como nunca antes había llegado a hacer; la transparencia deja ver todo tras ellos. Pureza y claridad absoluta; el mayor de los incendios contenido en un ser mortal. Un cuerpo demasiado pálido para la noche y para el día. Luego me desprendo de la piel, de las cicatrices y pesares. Todo me quema y molesta; pero todo cae. Quiero la desnudez absoluta, esa que aterroriza a cualquier mirada. Todo queda expuesto y abrasa. Hundo las manos en el pecho y lo abro de par en par. Aquí lo tengo. Un corazón latiendo, el mío, el de siempre. Hasta el alma parece escapárseme entre los dedos. No hay sangre ni vísceras, ni códigos ni encriptaciones. Solo un corazón pulsando al aire, sintiendo la más imperceptible vibración. Un corazón clamando vida. Me apresuro a recoger todo, aterrorizado. Veo las miradas de vergüenza ajena. Me tapo, me pongo la piel, y me visto otra vez de completo luto. Luego cierro los ojos y grazno como un cuervo en una noche cerrada. Vuelvo a ser invisible.

Deserción

Fronteras y más fronteras. Un corazón contenido en un pecho. Un cuerpo contenido en un traje de piel. Una mente retenida en una cabeza. Una ciudad llena de trincheras, barricadas y alambradas. Egos y soberbias y

babas en la boca. Mamarrachos a ras de suelo. Una batalla tras otra. Una batalla tras otra. Todo es conflicto de frontera fanática. Es mundial. Es la guerra de los idiotas.

Cuestión de dormir y punto

¡Es un chico muy despierto! Esta es la frase que más escuché durante mi niñez. Me parecía genial no dormir; era la mejor manera de escapar a las pesadillas. Despierto podía hacer frente a lo que fuera. Era inmortal, y la noche solo era noche. Mis ojos de niño brillaban, y los de los adultos rebosaban vacío y tiempo. Pero la sangre se agota y el alma junto a ella. A día de hoy solo quiero dormir y cerrar los ojos. Un niño demasiado despierto siempre envejece demasiado rápido. Desde que soy, la vida real siempre ha sido el peor de los delirios. Un niño despierto no entiende la realidad de los adultos. La calle lo recuerda a cada instante; la brutalidad de sus monstruos, la ignorancia de sus banderas. Si has vivido un minuto eterno y febril, ya has ardidado para toda la vida. Ahora vivo muy abajo, y duermo. Como ciudadano habito en un estrato escaso de todo, convertido en un paria en mi propio microcosmos. Lo sé. Mi falta de ambición me hace no estar a la altura del resto. Me refiero a la ambición, la que contamina todo. Yo solo quería ser un hombre, y tan solo he aprendido a hacerme el tonto. Un ser ceniciento. Vagabundeo, agacho la mirada y la escondo. Ayer una anciana me miró fijamente. Sus ojos aún brillaban con cierta intensidad. ¡Vaya, otro soñador! Eso fue lo que me dijo sorprendida. Le sonreí. Me marché a casa agotado, harto de primavera. Ahora tan solo quiero dormir. Cerrar los ojos, y tener cuidado con no soñar.

Medicinas

¿Estás vivo, amor? Sí, aquí sigo. ¿A qué se debía el bullicio de ayer?. Estaba todo tan lleno de gente, y gritaban, y aullaban, sus rostros estaban desencajados por completo; fuera de sí. Te lo prometo, no había humanidad en ellos, no la vi. Tuve miedo, todo era tan violento. El gesto de sus miradas me aterrorizó, agitaban los cuerpos con violencia. Otros soltaban carcajadas, pero no sé, en el fondo no parecían felices. No pasa nada, era, había un partido de fútbol. ¿Fútbol? Sí, lo de la pelota y las patadas. ¿Sigue existiendo eso? Sí, claro, es el deporte más importante. Es una pasión, como un sentimiento religioso. ¿Como si fuera una religión? Sí, de dioses y esas cosas. ¿Aún sigue habiendo dioses? Sí claro. ¿Y diosas también? También, o eso creo. ¿Como Zeus y Orus, o como Shiva y Pacha mama? Me acuerdo de Afrodita, y de Venus, y también de Freya. No cariño, pero ahora son otros diferentes. Es complicado, mi amor. A la gente les hace bien, son como una medicina para sentirse bien. ¿Una medicina, igual que mis pastillas? Sí eso, como tus pastillas. ¿Las

has tomado hoy? ¿a que no? No, lo olvidé, pero no pasa nada ¿verdad?.
Ay, mi amor... no, no pasa nada.

El hambre

Suerte de no reventar. Empecé saboreando, y terminé devorándolas hasta caer enfermo de muerte. Ahora tengo un cajón lleno de chocalinas y hadas. Hace días que no pruebo una, ya no me saben absolutamente a nada. El vuelo de los pájaros me resulta monótono, y sus piales estridentes. Mis sentidos inútiles, solo me traen un fracaso tras otro. Vivo embotado de carencias, empachado de insulsa materia. Otro cigarro de una calada. La droga me hace aún peor y no me importa. ¿Cómo lograrlo? Un grito sordo, el bramido del universo. Lo quiero y necesito, tengo que escapar de mis palabras impronunciadas. Solo arañar paredes y cagar pensamientos estériles. Me dejo caer en el suelo como una cascara vacía. Deseo la embriaguez continua, el hedonismo crónico, el placer continuado y absoluto, el éxtasis más vulgar. ¿Dónde conseguirlo? La polla de mi mente ya no me sirve, no me corre, no va. Mi pensamiento es un genital inservible, inválido e incongruente. Horrible, poseo una lengua muerta que nadie habla. Ahora soy el maestro de la rutina más lapidaria. Mi día a día está lleno de nada y ponzoña. Miro y solo veo una multitud lánguida y exangüe. Horas y tedio, rebelión infecunda. El espejo me aborrece, convertido en una mortaja. Los libros, simples tochos de papel rellenos de orgasmos ajenos. La música, óxido; grapas rotas. Soy un parado de larga duración que agotó sus prestaciones. Mis noches son féretros, se desbordan de sueños y erecciones imposibles. Pulsión desenfundada, erupciones fallidas y desvelos implacables. Un sinfín de poemas castrados. Me mata ese reloj que cuelga parado en la pared. Paredes odiosas. ¡Putas paredes! Mi animal clama éxtasis, el sueño del infinito, el instante eterno. Mi boca es carne de lascivia. Mi corazón late de angustia contenido en la boca. Mi necesidad es pura cósmica. Lo quiero y necesito, lo necesito, lo ansío... lo ansío.

No soy un borracho

No tengo copa ni vaso, y no tengo nada por lo que brindar. Al final caerá la botella, y con ella me basta. ¡Qué demonios! ¡Qué demonios! ¡El diablo no existe! Caerá la botella. Sé que mi hígado lo aguantará. Al final caerá la botella. A mi edad, y aún me avergüenza reconocerlo; hoy ando algo sensible. Ando algo jodido, algo apagado. No soy un borracho, y no pretendo serlo. No quiero beber para olvidar, no quiero beber para ser feliz. Quiero beber para recordarte cuando estabas viva.

Soy un borracho

Lo rompería. Lo cojo, le doy un aclarado y lo seco con cuidado. Es mi catalejo para mirar a la Luna, mi cristal de lejos. Por decirlo de alguna manera, me hace feliz. Debo cuidarlo. Es mi vaso del desayuno, del café, también es el vaso de la tarde y de la noche. Compañero inseparable de cigarrillos y colillas y ceniceros a rebosar. Es el vaso de las aguas, del vino y de la marcha, mi copa del adiós y del todo. Es el vaso de beber lo que sea, de lo que le caiga dentro. Mi vaso ambidiestro, mi cáliz de liturgias y reversos. Mi mar distante. Desde el amanecer hasta el ocaso, es fiel acompañante que se deja hacer. Solo tengo este, uno, el vaso de la celebración solitaria, mi vaso del brindis rayado. Un vaso para un hombre vacío pero sediento. Me gustaría llenarlo de sangre, y beberla. ¡Me gustaría estallar en pedazos! Es mi vaso de beber cristales, de tragar recuerdos, de estar despierto, de la repetición continua, de la repetición continua. ¡Bah! Lo lleno de bien, y él, solo me da lo que hay. Lo lleno de amor, de unicornio, de risa y de sueños. Lo lleno de deseos, ¡y nada!, siempre sed, siempre una estación olvidada, siempre desierto y Luna. Fondo de mis miradas ausentes, fondo solitario de mis vacíos. Lo aclaro y lo relleno de nuevo. Uno tras otro, otro trago y otro vaso de vino. Y bebo de mi boca y del vaso y de mis labios. Siempre el mismo rojo y el mismo tinte. Es un vaso sin lustre, mi pulso firme junto a la botella de turno. Vino barato y olvidos impagables. ¡Qué rojo más intenso de recuerdos! Otro trago apagado y otro cigarrillo. Otro trago de vino y otro anhelo. Tiene un color precioso y brillante, como unos labios pintados. Me lo bebo sin pensarlo. Quiero teñirme entero por dentro, sí. Otro trago y llega el placer del carmín, viene como la música, y como la única corriente sanguínea. Otro trago y llegan las llamas, los labios desde el más allá. Ya no hay multitudes en mi cabeza, solo el rojo de unos labios, de una boca que no existe. Bebo solo y me miento. Me lo creo, y me engaño. No hay nadie. No hay nadie matando a nadie en las calles, ni bebés muertos en brazos de nadie. Un sorbo y me dibuja una sonrisa torcida. No me avergüenzo por esta ebriedad. No es la tristeza alegre, tan solo una sed insaciable. No hay mentira en ello, tampoco me avergüenza decirlo ni beberlo. Un rojo único como el de mi propia sangre, una boca pintada de carmín, de bermellón, de carmesí. El beso de unos labios que no existen, que no hablan, que no muerden y que no sangran, que no besan. Es feo, pero tengo que cuidarlo, es mi único vaso, mi anteojo, mi jodido monóculo de la verdad.

Veo tanto como puedo

Solo me quito las gafas para dormir. Hago excepciones para hacer el amor y para follar, y a veces con la ducha. Me las quite o me las deje, siempre

lo veo todo confuso. Pero si tengo que elegir el motivo para prescindir de ellas, siempre me quedo con el mismo.

Lo que yo quiera

Y ando. Así vivo privado de juicio, casi muerto, arrastrando un cuerpo que envejece de la peor enfermedad. El dolor de la arritmia me devora a cada paso, me consume por cada latido. Maldito son de arrastre. Otro latido. Y otro, y otro. Esta angustia hace que me olvide de todo y de todos; y de mí. Marcho sin identidad, poseedor de ningún recuerdo sano. Así respiro a cada instante, desapasionado, vaciado en mi totalidad. Más angustia, más latidos, más dolor.

Sin pasaporte

Me recuerdo al atardecer, en tierras lejanas. Extranjero de todo lugar y en viaje solitario. Despreocupado, sentado sobre la roca aún caliente. Casi anocheciendo. Sin mayor ocupación que la de respirar. Una costa, un mar azul, una ropa tan ligera como la brisa. Me recuerdo en paz, aún sintiéndome huérfano de todo, en silencio, como simple espectador de un todo inabarcable. Un sol cayendo sobre un espejo de mar, una gaviota mecida por la suave corriente de aire. Un sinfín de nubes lentas y coloreadas. Sin hambre, sin sed ni preocupación. Me recuerdo descalzo, tranquilo. Partícipe de una calma sin igual, protagonista de algo tan íntimo como imposible de compartir. Recuerdo, olvidándome de mi nombre, mirándome sin miedo. El continuo viaje solitario. Progenitor de vacíos y poseedor de nada, un extraño en cualquier lugar. El ocaso, el sueño. Me recuerdo despierto, allá junto al mar... Aquí o allá, como hoy, como el extranjero. Tan vital como moribundo, extranjero de todo lo humano.

Cuestión de retiro

El Parque, las sombras amables de sus árboles, la multitud de seres, el estruendo contenido de una paz inexistente. No recuerdo que la conversación durara, y aún así, tuve la sensación de que el encuentro llegó a rozar lo eterno. Aquel hombre y sus palabras, las pausas largas, su sonido. Nunca en mi vida había escuchado nada parecido; tan abrumador. Fue raro. Apareció de repente sentado a mi lado, o quizá, fui yo el que me senté junto a él sin haberme percatado de su presencia. El caso es que allí estábamos; unos tipos mirando a la gente. Allí en el Parque, entre centenares de semejantes y desconocidos. Primavera y mayo. Dos extraños viendo lo invisible pasar. Fue el tono de su voz, la cadencia de su

palabra acompañando al gesto mágico de sus manos. Cuando le miré directamente, fue también su faz, la mirada de unos ojos con los que jamás me volveré a encontrar. Allí, cruzados de piernas y sentados sobre aquel bordillo a ras de suelo; bajo el mismo árbol, frente a la misma fuente. Me habló de principios y fines. Mi ropa era oscura y ajustada, él vestía de blanco y holgado. Me preguntó por mí, encogí los hombros, solo supe responder con un suspiro. Me habló de su viaje alrededor del mundo, de las gentes. Parecía conocer todo lugar, saber de todo individuo y naturaleza. Me volvió a preguntar, inspiré suave, cerré los ojos y solo pude volver a suspirar. Su voz volvió a sonar nítida. "Tranquilo, muchacho, tú ya lo sabes, esto no es el Edén..., tan solo es el Parque del Retiro". Escuché un batir de alas alejarse. Al abrir los ojos ya no estaba. Solo quedaba el ruido, los demás y yo, la armonía quebrada a cada instante. Tan sutil, una pluma blanca cayendo sobre mi rodilla. En la distancia, una paloma sobre el Ángel Caído. Miré el reloj. Me levanté emocionado y caminé entre las gentes. No llegaba tarde a la cita, solo tenía que dejarme llevar. Allí mismo, estaba mi vida.

A pelo y sin cuidado

Llevaba tanto tiempo sin dar un beso que tuve que avisar. ¡Puede que te muerda por pura devoción! Me dijo que no me preocupara, que de sus labios solo saldría sangre. Y así fue. Ninguno paramos de sangrar. Y nos bebimos, y nos tragamos hasta la última gota.

La cura de la vida

No sé lo que me espera. Creo que finalmente he caído enfermo. Son cuarenta años de basura los que llevo metidos en las venas. La familia es algo más que sangre. El colegio hizo bien sus deberes, la televisión ha limpiado todas mis impurezas. Quizá sea lo mejor, ahora solo leo verdad en los periódicos. Mis síntomas no son dolorosos. Unos ojos de amapola y una sonrisa de arco iris, el sí porque sí. La gente perfecta solo desea sonreír, y yo también. Tiraré mis libros, me compraré ropas de colores. Nunca debí leer poesía, solo habla de dolor y de placeres inalcanzables. ¿Cuánta mierda puede caber en una cabeza? La mía ha caído al fin, estoy infectado y me rindo. Solo quiero ver cuadros de flores y gente repartiendo corazones. Veo en mis ojos como se extiende la enfermedad, es agradable, y la carga sobre mis hombros parece más ligera. Me rindo a la sonrisa continua, al equilibrio más fanático. Parece que mi espíritu tiene buenas tragaderas. Ahora quizá debiera elegir una religión, lo que sea, necesito rezarle a un imposible. El librepensamiento es una prisión demasiado solitaria, la contracorriente, un puto suicidio. Basta con abrir los ojos y mirar, nada parecía tan sencillo como mirar alrededor. Basta

con caminar unas decenas de calles para sucumbir al parloteo. El culto más ancestral, la sonrisa continua bajo cualquier opresión y circunstancia fatal. Noto el corazón más fuerte y enérgico. ¿Para qué pensar? Esta enfermedad es el mejor de los remedios, siento como me cura del espanto, del espectáculo macabro. El pánico al vacío, el dolor de la pérdida, la soledad más absoluta y compartida; todos los miedos desaparecen y, mi sonrisa aumenta junto al cosmos. No sé lo que me espera. Parece bueno y muy real, como un mundo contaminado repleto de seres sanos y felices. Un trance de vacíos y catarsis, una danza celestial. ¡Por dios! Es adorable. Los sueños vuelven a mí, son tan preciosos y maravillosos, tan inmortales como lo soy yo ahora. Mi animalillo interior está feliz y ronronea. No sé lo que me espera mañana, será lo que me digáis. Solo me deseo lo mejor, quiero vivir con salud esta enfermedad. Vivir la utopía interior, vivirla y compartirla con los demás. Todos deberíamos estar enfermos. Ya tiré los libros, ahora me basta con sonreír y llenarme de luz, dejarme deslumbrar por completo. Ojalá fuera un gatito doméstico, encerrado en una casita junto a personas sonrientes. Sé que a todos les gustaría.

El luto del idiota

Ni siquiera me veo los pies al final de la cama. Es agradable, en la oscuridad la habitación se revela inmensa, casi tanto como un planeta. A las cinco de la madrugada todo está en silencio. Aún es de noche y todos duermen. No tengo nada que hacer, cojo el móvil y miro la hora. Sí, efectivamente son las cinco. Lío un cigarrillo en la penumbra, me tomo mi tiempo, no tengo ninguna prisa. Qué tranquilidad tan aburrida. No se oye nada, solo mi respiración, una calada larga, un crepitar, la lenta espiración de mi pecho. Agito el cigarro, parece una luciérnaga revoloteando sobre la cara. Todos duermen afuera, es mi velatorio de cada vez. Intento no pensar, pero no tengo nada que hacer, tan solo fumar y esperar a que amanezca. Hoy puede que salga. Saldrá el sol y las prisas y las sombras. Los vivientes rellenarán las calles con sus cuerpos. Soy el tipo ese, el que siempre pone los intermitentes, el que siempre cede el paso, el que da los buenos días hasta al más ruin de los diablos. Siempre que haya una puerta, serás el primero en pasar. Si se te cae algo, yo lo cogeré en un vuelo. Si hay una sonrisa verdadera, mi boca siempre devuelve otra aunque yo no lo quiera. Ese soy, un asiduo en los temas del absurdo, el pisacharcos doctorado y sin título oficial. Soy ese, que de poder hacerlo, te haría desaparecer de la faz del planeta. Soy el solidario comprometido con demasiadas causas imposibles, cagador de situaciones mil. Soy tal cual, el hijo de un cronopio y una fama. Acabé con mis prejuicios y empecé de cero. No tengo nada que hacer, pero saldré a dar una vuelta. Todos, infantes diabólicos haciendo de la calle un lugar despiadado; para variar. Miradas fornicadoras, demasiado semental para tan escasos amantes; para variar. Sí, saldré a dar un paseo, quizá me siente en un

banco a contar cabrones. Son tantos... que siempre pierdo la cuenta. Otra gallina ponedora me sonríe con su pico carmesí, henchida toda ella, no se da cuenta pero tiene el culo lleno de mierda. Luego volver  a la habitación. No tengo nada que hacer, tan solo esperar a que lleguen las cinco de la mañana. Y vuelta al velorio, a no pensar. Porque parece que escribir, es como no hacer nada.

De fantasías y mierdas

«Ambos pasaban ya de los cincuenta años. Eran los herederos de los herederos de la herencia de los Duod cimos Fundadores de la Sexta Era. Sin haberlo deseado, ellos eran Los Elegidos. El príncipe se encontr  con su princesa, era el día, el destino les aguardaba arriba, en los cielos. Aún no podían tocarse. Ana s y Sir Henry, la magia de ambos uniría algo más que sus reinos. La corona de él, forjada del cuerno del último Titanidio y las cenizas de los Primeros Artífices. Y la corona de ella, creada a partir de la  nica Estrella Ca da y esencia de Milenarias, las más blancas nubes formadas en las cumbres imposibles de Librilia. Con cuidado de no rozarse, los futuros reyes ascendieron por la Escalilata Infinita. Un peldaño por cada inocente muerto el la Guerra Sinfín. All  les aguardaban Los Cuatro, los aún jóvenes Magos Efímeros, custodios de lo sobrenatural. Una vez arriba, ambas coronas deben ser expuestas en el altar de la transmutación. Los magos cerrarán el círculo y darán comienzo al ritual. Invocar n a las Llamas Eternas y una nueva era dar  comienzo. Tras mil generaciones y una guerra, llegar  el final. Las coronas dejarán de serlo para siempre».

¡No! ¡Perdón, no puedo con ello! Me produce dentera. No s  el porqué, pero ya no me entra la fantasía, no puedo con ella. Es demasiado para mí. Un día de fortuna por cada persona que lo merezca, un fragmento de realidad impoluto y amable. Esa es mi única fantasía. Me da que siempre fue así.

De ciencia ficción y mierdas

«Tras la desintegración de su hogar natal, y tras la agónica escapada, el pequeño grupo de supervivientes toma tierra en Lem, un pequeño planeta más allá de Las Marismas de polvo estelar, en las proximidades del séptimo brazo de la galaxia de Las Siete Nadas. Una nave prestada, recursos escasos. Canibalismo, o mejor dicho, reciclado de supervivencia. Dos siglos huyendo a la velocidad de la luz, cruzando el espacio. Una generación tras otra viendo pasar las estrellas y la profunda negrura del cosmos. Llegaron a Lem en la plenitud de La Nocturna Magenta, la larga noche que comienza tras la ascensión del Tercer Sol de Lem, también

llamado La Luz Apagada de Romm. Una tormenta de finísima arena rosácea de bienvenida. Exhaustos por el largo viaje, los Stalislawitas fueron recibidos por sus anfitriones. Otra traición. La Coalición de Psiconáutas les estaba esperando. Nada pudieron hacer los últimos pobladores de aquel planeta llamado Stanislaw. La Coalición lanzó a Los Exterminadores cabalgando sus robocornios. Pezuñas de aleación, destrucción, aniquilación, desintegración. Extinción. No hubo piedad alguna, tampoco hubo gritos ni cadáveres. Solo quedó una nube de grises y platas, la tormenta de finísima arena rosácea. Polvo teñido de polvo bajo la tenue oscuridad de La Luz Apagada de Romm».

iNo! ¡Perdón, no puedo con ello! ¿Ciencia ficción? Solo tengo que abrir la puerta de casa y salir, ahí está toda la que necesito. Doy un paso hacia afuera y es todo pura distopía. Derechos humanos, libertad, dioses, democracia... todo es ciencia ficción. Primer mundo, segundo mundo, tercer mundo, cuarto mundo. La alienación generalizada, la vida vivida a medias, y cagadas por todos lados. ¿Esclavos sin cadenas? ¿Guerras sin balas? ¿Violaciones indoloras? Siete mil millones de humanos viviendo en diferentes dimensiones solapadas en el espacio y tiempo. Eso sí que es ciencia ficción. Tal cual, sé que mi felicidad es la desdicha de muchos. Sacio mi apetito con el hambre de otros. A veces me pregunto qué carajo les pasó a mis ojos cuando era pequeño. ¿La generosa miopía, el astigmatismo? No, no puede ser eso. ¿Superpoderes? No, que tontería. Los golpes en la cabeza; me daba muchos. No. Quizá lo mío sea simple y llana locura, alguna disfunción o trastorno mental. Quizás, todo lo que digo no sea cierto, quizás me esté creyendo todas mis propias mentiras y, finalmente haya perdido el juicio. Puede ser. ¡O puede que esté exagerando! Miraré el significado. Sí, solo es eso, exageración. Menos mal, lo dicen ellos. Es lo que pone en el diccionario: "Decir, representar o hacer algo traspasando los límites de lo verdadero, natural, ordinario, justo o conveniente." Lo que pensaba, es ciencia ficción.

De erotismos y mierdas

«Su labios hambrientos de mil hambres, su cuerpo arqueado, tenso hasta la locura. Famélica, ofreciendo todas, las rojas aperturas a sus dilatadas entrañas. La piel enfebrecida, unos ojos insaciables inyectados en verga. Sonidos guturales clamando a vernos y éxtasis, una garganta con una lengua inflamada de sed, reseca, suplicando semen y escupitajos. Arremetidas animales, lágrimas de fricción y sodomía. ¡Arremetidas animales, arremetidas animales! Carnívoros, consumidores anárquicos, esnifadores del polvo y del sudor. Jadeos y jadeos y jadeos; sonidos industriales. Hembra y coño, cipote y macho; otra pareja más. Una y otra vez, día y noche se cogieron juntos. Y a eso, a lo cogido... lo llamaron

amor».

¡No! ¡Perdón, no puedo con ello! A mi pesar, es de lo único que ando sobrado, y me jode; la maldita pasión incandescente. Una llama extrema y devoradora que se me apaga de continuo. Y es por eso, claro, que tiro de encendedor a cada momento. Todo me arde por igual, pero no escribo para calentar genitales. No lo haré jamás. ¡No! Cuando llegue el día en que la mayoría de la gente solo lea literatura erótica, ese día empezaré a beber cerveza caliente. "¡Sí, camarero, caliente! ¡Póngame una jodida jarra de cerveza... bien caliente!" La boca. A mi pesar, otra cosa de la que ando sobrado.

De micromierdas

«El comienzo del sueño de él, fue el comienzo de la pesadilla de ella; una vida sola. »

¡No! ¡Perdón, no puedo con ello! Para cortos, los políticos y sus microcerebros. Para escasos, los salarios. Si la gente quiere vivir de la insuficiencia continua, pues ¡ole!

De novela negra y mierdas

«Dios le dio una mole de cuerpo y un rostro de niño grotesco. Frank Francis, o Franky el Quebrantaalmas, así le llamaban todos menos yo. El cabronazo de Franky no hacía distinción a la hora de hacer lo que mejor sabía hacer, igual rompía a mujeres que a niños o ancianos. Una mala bestia descerebrada el tal fulano. Un traje blanco nuclear hecho a medida, y un largo guardapolvos blanco e impoluto, que se jactaba de no haberlo salpicado jamás; ni siquiera una gota de sangre. Me habían pagado bien, y lo más importante... siempre le tuve ganas. Quería cargarme al monstruo, necesitaba hacerlo. Sus vísceras y mis diez balas del calibre 50. Mi preciosa pareja de Magnum 500. Soy un romántico de la muerte. Si no tuviera que vivir de tantos vicios, lo haría gratis. Soñaba con teñirle de rojo y empaparme de su sangre. Se me ponía dura solo de pensarlo».

¡No! ¡Perdón, no puedo con ello! Tengo prohibido ser un tipo serio. ¿Novela negra? La vida ya es demasiado negra; al menos para mí. Me quedo con la erótica, con los chochos y las tetas. He acabado harto de cerveza caliente.

Así, que ya sabes

Me pongo a escribir, y al momento tengo el cenicero lleno de colillas. Termino de escribir, y vuelvo a tenerlo a rebosar de mierda y ceniza. Por eso intento no repasar demasiado, no es bueno para mi salud. Miro al cenicero y solo recuerdo mi respiración y el humo. Leo lo escrito, y todo me parece mierda y ceniza.

Imagina, pero tú solito

Ambos tuvimos el sueño. Ambos imaginamos lo mismo. Lo mismo, la misma realidad. Querido John, siento decir que no han mejorado las cosas, y que no he encontrado a tantos como pensaba. La humanidad es peor de lo que creía. Siento decir, que todos los años que han pasado no han valido para nada. Siento pensar, que tampoco cien años más serán suficientes. Así es, las cosas están mal. La noche es cada vez más oscura, y los días, se rellenan de la intensidad más vulgar. Ya lo sabes. Tan solo es mi corazón el que habla, mi ego, ni siquiera oigo el susurro de sus órdenes. La cabeza no vale para nada. He compartido la muerte, he sujetado la mano de mi padre como cadáver. He tenido a muchos recién nacidos entre mis brazos. Sin dinero en los bolsillos, ahora solo soy un mendigo más. Nadie ofrece nada, solo el gozo de la mariposa. Sonreír no es fácil cuando el camino es tan largo. La vida es solitaria cuanto todos parecen haber encontrado su lugar. El sueño quedó atrás, pero sí, aún sigo imaginando de vez en cuando, porque imaginar siempre fue mi empleo más estable. Sigo escuchando las voces saliendo de las cuevas de sus bocas, lo sigo viendo en sus miradas desafiantes. ¿Si uno no sabe compartirse, cómo va a compartir el mundo? Siento el rechazo del muerto, el miedo de todo aquel que niega el sufrimiento. Es sencillamente grotesco, pero normal. Escucho las voces salir de los agujeros. Arrogancia. Es la misma frase de siempre. Puedes decirme que soy un soñador. Tararéalo una y otra vez en tu cabeza. Para abrazarse a todos, no basta con cerrar los ojos y recitar el mantra. Siento el rechazo del viviente, el doloroso pavor de todo aquel que se niega a vivir. ¿Si uno no sabe compartirse, cómo va a compartir el universo? Tararéalo una y otra vez en tu cabeza. Mi corazón jadea, mi boca jadea, mi mente, mi alma jadea. La noche es cada vez más sombría. No deseo convertir mi respiración en una liturgia psicodélica. No me voy a someter. El cadáver murió para siempre. Los bebés que sostuve en mis brazos ahora son niños y adultos. Escucho sus voces salir de los agujeros. Me corrigen la ortografía. Es la misma frase de siempre. Puedes decirme que soy un soñador. Yo solo quiero jadear. Y siento decirlo, siento decir que no ha mejorado nada. ¡Imagina! No he encontrado tantos como pensaba, y ni siquiera yo me siento con fuerzas. He aprendido a llorar en silencio. La noche es cada vez más oscura. Andamos tan escasos de luz. Tararéalo una y otra vez en tu cabeza. Ni siquiera sé para quién hablo. Yo solo

quiero caminar, hacerlo hasta caer exhausto. El camino es solitario, el camino es solitario cuanto todos parecen haber encontrado su lugar.

Amor

Me encontré con la más bella canción solitaria, era mía sin remedio, pero venía acompañada. Y ahora, tenemos que compartirla.

Amor, la continuación

Me encontré con la más bella canción solitaria, era mía sin remedio, pero venía acompañada. Y ahora, tenemos que compartirla. Y tenemos que compartirla en esta cama nuestra, con estas manos nuestras, con nuestras caricias y besos, entre nuestros susurros y jadeos, entre nuestras caderas, entre tú y yo, nuestros, entre nuestras cosas. Y no hay ego que nos valga, ni avaricias de nada, ni mierdas. Nada y todo. No hay otra manera, tenemos que compartirla, esta, nuestra canción solitaria. Y solo podemos hacerlo a nuestra manera, como nosotros sabemos.

Procreadores y palmeros

¿Por qué? ¿Qué nos pasó? ¿Qué ocurre cuando los intelectuales del amor desaparecen? ¿Qué ocurre, cuando los artistas, los autores generadores de cultura, desaparecen junto a sus obras? ¿Qué ocurre, cuando los maestros de la vida y los sabios constructores desaparecen junto a sus conocimientos y enseñanzas? ¿Qué ocurre, cuando los librepensadores, los visionarios de la paz desaparecen junto a sus ideas? Es fácil la respuesta. La sabemos, porque la vivimos. ¡Es la orfandad total! Solo queda el sinfuturo, el sinsentido diario de lo que debería ser una vida. El caos, la realidad sesgada como sociedad. Todo se corrompe, y la ignorancia es la única semilla que da frutos. La envidia, la codicia más insana. Queda la hipocresía como verdad, el disfraz, el traje del rey, los devoradores de tiempo, los hombres grises y sus corbatas. La brutalidad como caricia. La voraz paternidad de Cronos. Sí. Aquí pasó y, así estamos. Desaparecieron. Asesinados, muertos o huidos. Desaparecieron todos ellos. Y hemos vivido durante décadas en la más terrible infertilidad. El arte como excremento; la música como ruido, la danza como epilepsia, la pintura como decoración, la literatura como ficción, el cine como taquilla, la filosofía como muerte... la poesía como llanto. Una sociedad arrasada a los ojos de nadie. El yo por encima de ti. Tiempos remotos y sueños imposibles. Un pueblo de desposeídos, privado de lo más importante; libertad. ¡La puta libertad! Solo nos quedó la desilusión, y la mentira. Un

pueblo de niños atados. Miedo y cautiverio. El continuo carnaval, el espectáculo diario de los cuatro titiriteros. El show macabro de un sinfín de marionetas danzando al son de las cuerdas. El horario imposible. La borrachera. La pólvora del conocimiento bien mojada. El deseo de un bolsillo lleno. Herederos de los herederos y el "siempre igual". Procreadores y palmeros, mano de obra, fútbol, toros y sevillanas. Aún recuerdo la frase: "Si no quieres ser como ellos, lee." No quiero ser un acólito de nadie, no voy a ser un fanático de nada. Y sí, voy a cambiar las cosas, voy a cambiarlo todo. Voy a ser yo, y voy a ser todos. ¿Tienes miedo a compartir? Lo voy a escribir una y otra vez.

Iluso 1976

¿Pero qué ocurre, y cómo es posible? ¿Esperanza y verdad? ¿Solución? Entre los lodos volvieron a surgir. De la podredumbre volvieron a nacer. Son los hijos de los obreros, los herederos de la calle. Otra generación joven. Aquella generación de la maldita incógnita. Y se hicieron adultos. Surgieron de nuevo los intelectuales, los artistas y autores. Y pensaron, cantaron y escribieron y pintaron. Y de nuevo trajeron el sueño que fue negado. Y trajeron el conocimiento y la enseñanza, el arte y la cultura. Y llegaron danzando sin hilos, sin palos en las manos. Y llegaron soñadores, constructores del mundo del futuro. Y nos invitaron a pensar, nos invitaron a amar, nos invitaron a cambiar, nos invitaron a compartir. Nos agitaron el alma. Nos recordaron, que somos nosotros los que tenemos el poder. Tú y yo. ¡Comparte, compartamos! Ver más allá es cosa de valientes. No tengas miedo. Es el momento, hemos crecido. Llegar más allá es solo cosa nuestra. Somos la nueva generación. Me gusta la noche, pero no la oscuridad. Porque siempre fue así, porque todos lo sabemos, porque juntos somos. Podemos ser libres. Podemos sin ellos.

Fragmento del momento

No es algo que me dé risa recordar, más bien me aterra pensar en ello, en la psicopatía intrínseca del sistema. Y sí, más allá de cualquier comparación, considero, que he vivido desde el mismo día de mi nacimiento inmerso en una guerra, en un continuo ataque del sistema hacia el individuo y hacia la misma vida. Una guerra amparada en las leyes más hipócritas y deleznable. Llamémoslo cada uno como quiera. Para mí sigue siendo una sociedad arcaica y atrofiada, que tan solo ha querido avanzar tecnológicamente y siempre en beneficio de las élites más ridículas y perversas, esas que lo son por la gracia de dios y del dinero. Y por supuesto, una sociedad sucia, cancerígena y saciada de azucarillos y premios de consolación. Finalmente, un planeta entero convertido en una gran explotación humana, una granja de animales acorralados.

Encerrados unos, atrapados otros... sedados, o sometidos y complacientes. Ignorancias enfrentadas en corto. Lo peor para mí, es que siendo consecuente con mis principios de deserción, y viendo la gran extensión que alcanza ya esta maligna red de oscuros padres, y sabiendo de su insaciable voracidad, no tengo a dónde escapar, no me quedan lugares en los que encontrar refugio o asilo. Ojalá se saciaran sólo con mi dinero, o con el esfuerzo de mis horas robadas. Pero no, no es suficiente, no les basta. Desean todo de mí, mi más absoluta y ciega obediencia. Necesitan la total subyugación, quieren mi esencia, la succión total, para después esputar al fuego, escupir hasta la última gota de mi humanidad.

Mariano A. Vico. (2014). Novela "La Torre Gris". (p.240).

Mejor no leer

He aprendido. Delante del espejo ya no practico miradas de complicidad, ni sonrisa. Ya no me sale la mueca de lerdito. Mis extrañados vecinos, la distancia de sus ojos es inmutable. Vender fruta se me da bien, no les queda más remedio que acercarse. Resulta tan absurda y horrible esta cercana lejanía. Mi pretensión era tan humana como ilusa. Y ha sido el adiós total. ¡Asquerosos libros! ¿Qué habéis hecho conmigo? Hace años los dejé, e idiota, volví a hacerlo; abrí uno. Luego agarré uno más, y luego otro y otro. Ha sido el adiós final. Otro paseo por el barrio, y camino como la peor cumbre helada, una maldita montaña solitaria a pie de calle. En fin, eso es, solo puedo llegar a ser pasión contenida. Ayer mismo lo hice, cerré la pila de libros que tengo sobre la mesita de noche. Quitó los marcapáginas. Los he cerrado y, no quiero volver a abrirlos nunca más. Me noto tan lejos de todos vosotros. De todos ellos, debería decir. Allí estáis, lejos... tan lejos. La distancia es insalvable con esos llamados vosotros, el regreso resulta inútil, y el simple acercamiento, es tan superfluo como una nimia mirada de reojo o un empujón. ¡Libros jodementos! Quiero mi billete de vuelta. ¡Libritos!, debería haberlos tirado todos cuando tuve la oportunidad. Lo recuerdo, lo intenté hace años y muchos cayeron, pero me tembló el pulso. Un romántico sentimental, es lo que soy. No debería haber guardado ninguno, ninguno. Cada frase leída restaba unos metros de distancia desgraciada, cada página, me morfabá en un algo intangible. Cada libro terminado, era otro adiós definitivo. Lo sabía y fui débil. Cada velada inmerso en la lectura, me ha trasmutado en un océano innavegable, en un cielo amenazador. Un pobre cabrón que susurra a la nada. Mi pretensión era tan humana: conocer, buscar cualquier hermanamiento posible. Parece que solo sepa caminar hacia atrás. Bebo para diluirme y, cada vez estoy más sobrio. ¡La hostia! Debería aprender a bailar. No pensé en mi carne. Me muerdo, me pellizco y arañó. Ahora solo puedo dedicarme al placer propio, a la masturbación más solitaria. Busco la masa, me adentro en el bullicio y me lanzo a lo público. Voy al encuentro de la barra atestada, de la hora punta y la

forzada comunión. Cualquier éxtasis compartido es imposible. Debería aprender a gritar. Este adiós es el último, y lo siento. La literatura me ha privado de la unión. Se acabó la piel del otro, el calor del otro, la respiración compartida. Debería olvidar y no puedo, debería simplificar y me es imposible. Adiós complicidad, chao camaradería. ¡Agur, amistad! Al menos, ahora estoy en paz cuando participo de la orgía. Nada de leer. No pensé en mi carne. No pensé en el vividor, no pensé en el poeta. No pensé en la muerte, en lo que significa, ¡joder!, lo solitario de una cama vacía. Eso es y poco más, lo que he aprendido.

Cabeza borradora

Me da un poco de reparo, es la primera vez que comento algo sobre esto. Siento cierta vergüenza, sí, pero qué más da. No voy a dañar a nadie, y tengo que asumirlo. Así es, decírmelo en voz alta, y luego por si acaso, dejarlo por escrito. Creo que es importante hablármelo, como hablaré tarde o temprano de mis genitales y su manera de entender la vida. El caso es... que no me cabe nada más en la cabeza. Hace tiempo que llegué al límite, es como si hubiera rellenado lo que fuere que había que rellenar. No cabe, o no quiere nada más adentro; la cabeza. Puede que sea orgánico, una enfermedad, o simple tara de la edad. Me esfuerzo y nada, apenas tengo control de admisión. Y mi memoria es peor que ridícula, no es selectiva, es infame y cabrona. Se reserva el espacio caprichosamente. A mi entender, le importa un huevo el conocimiento de los hombres, borra indiscriminadamente cualquier dato que intente grabar en ella. Al parecer, según voy entendiendo, no llegaré a ser un erudito en nada de lo que se supone importante para la vida cotidiana. Mi cerebro pasa de todo lo que los demás quieren aprender y retener. Deberé conformarme con lo que venga. Me da vergüenza, es una desnudez extraña que me hace sentir muy vulnerable y, tonto. Estoy condenado. Tal cual, ni siquiera llegaré a desdichado culturita, mi cabeza no quiere nombres, ni fechas, ni títulos, ni siquiera buenas frases; algún refrán que otro, poca cosa. Para mi cabeza todo eso debe ser absoluta mierda. Sobrantes, semillas podridas. Tampoco tengo una memoria fotográfica, todo lo desdibuja, lo borra al antojo. Es una jodida, no desea evocar, me fuerza a revivir, a volver a mirar, a volver a encontrar todo aquello que le gustó. Me obliga a vivir de otra manera. ¿Pero entonces, qué? ¡Ni idea! Esta cabecita no quiere nada en estado puro, todo lo mastica y lo digiere. Solo reserva espacio para recuerdos y vivencias, todo lo que sea relativo a emociones y sentimientos. En eso, su apetito es insaciable. Su pasión es lo abstracto, devora cantidades imposibles de intangibles y lírica. Todo sustancia inmaterial. Luego claro, todo me lo susurra, todo me lo grita, todo me lo vomita, y ya entonces, todo es cárnico, todo sensorial. Esas son sus diatribas y directrices. Me obliga a tocar una y otra vez, a saborear, me obliga a oler; me obliga continuamente. Al menos me deja dilucidar de vez en cuando, y creo poseer cierta cordura, o eso quiero pensar.

Cognitivamente no ando mal. ¡Pero, joder! Yo quiero almacenar datos sobre ciencias, sobre artes, sobre historia, resultados, estadísticas, fórmulas, aprender poemas y esos largos etcéteras que no recuerdo. ¿Emociones y sentimientos? ¡Eso es incongruencia total! Yo quiero aprenderme una canción y poder cantarla. Quiero recordar la fecha de tu nacimiento. ¿Entonces, en qué lugar quedan mi mente y cuerpo? Estoy condenado a ser un paria. Mi cabeza... Pues eso, solo quiere entender de lo que no quieren entender los demás. Pues nada, ide puto amor entonces!

Ellas

Es la tristeza. Ella es la que me recuerda constantemente a la otra, a la felicidad.

Cosas de un cajón vacío

Sé que si me desvinculo de lo humano estoy muerto. Sé que si pretendo la libertad más absoluta estoy muerto. Sé, que si creo que lo sé todo, estoy muerto. Sé que si solo sonrío, o tan solo lloro... estoy muerto. Sé, que si me encuentro con la cordura estoy muerto. Sé que si me abrazo a la locura estoy muerto. Lo sé, claro que lo sé. Sé que tras el propósito de la vida está la muerte. La vida no es solo vida; porque si me olvido de la muerte, estoy muerto. Es una enfermedad crónica, la vida, cronométrica y mortal. Metáforas infinitas y una única vida para vivir. ¡Una única vida para vivirla! Sé que no puedo ser solo yo, también tengo que ser tú. Si solo soy yo, estoy muerto. Si no te amo, lo sé... estoy muerto. Pero, ¿cómo voy a vivir entonces, cómo voy a amar, cómo lo hago si tú has muerto?. Si todo lo que me encuentro a mi paso está cadáver. Lo sé, claro que lo sé. No hay espejo, no hay reflejo. Solo estoy muerto.

Bendita escased

Hoy llovió por la tarde, al menos lo hizo en mi parte de mundo. El cielo se llenó de pájaros. Parecía el último de los días pero, no ha sido así. Llovió y me sentí alegre y lluvioso. Lo deseaba. Y bajo la lluvia he podido gritarlo, al fin. Tan profundos gritos como los truenos que sonaban. Nadie lo notará. Y no me dio ningún rayo en la cabeza, y cayeron muchos. Lluvia y más lluvia de verano en un rostro bajo la lluvia. Solo eso. Y he podido llorar como nunca he podido hacerlo. Y me he lavado un poco y también he bebido insaciable. Por supuesto que nadie lo notará. ¡Por dios! Y ninguno nos hemos contenido; ni el cielo ni los truenos, ni los pájaros, ni

yo. Todos entregados y a nuestro aire. Y les he gritado mis secretos, y he saboreado el agua de mar. Y ha sido maravilloso, un lluvioso placer para todos. Las nubes y yo, los pájaros y los grises, y la lluvia fresca. Solo era eso. Agua cayendo, y qué menos. Y su ruido, y la canción de letra desgarrada y los rayos deslumbrando. Un tipo sobre tierra mojada, una garganta, unos tragos de ansia, una sed de nostalgias, una tarde de verano. Agua cayendo y poco más. Unas ropas pegadas. Nada más. Luego ya vendrá la noche, y será fresca, y sonarán los grillos.

La cabrona

Mi mala sombra me acompaña inseparable. No tengo con quién dejarla, y es angustiante. Es solo por descansar de ella. Intento dejársela a la noche un rato, y esta, me la devuelve siempre más oscura.

Uno más uno son todas

Una niña pequeña. Unos padres de cuento. Es la niña de sus ojos, una niña caprichosa, princesa y siempre de rosa. Un regalo y otro regalo. Juguetes y tiendas. Un llanto, unas lágrimas y otro regalo. Un pequeño cachorro. ¡El dinero no importa! Unos meses y un verano abrasador. Dibujos animados. Un incendio. Carreteras solitarias y un hogar imposible de encontrar. Demasiado joven, demasiado animal. Un perro muerto en el arcén. Un lugar, en cualquier lugar olvidado. Otro cadáver, y comida para los cuervos. Unas cuencas vacías de ojos. Puro amor devorado, inocente cachorro. Carne y sol. Otro juguete olvidado. Una niña caprichosa, y otro regalo más. Una corona. Su vida es de fábula y olvidos. Una niña pequeña, una mujer siempre sonriente. El más grande de los monstruos. Siempre insatisfecha. La hija, la mujercita de sus ojos. Puro artificio. Puro teatro y carmín. Una real y verdadera joya. El dinero es lo importante, y nada más importa. Otra madre de cuento. Otro hijo, otro regalo. Otro juguete roto.

Amigo Herodes, ¿dónde está Saturno?

“¡Que te atropellooo!” Exclama balbuceando con su voccecita de niño de cinco años. Se dirige hacia a mí montado en su pequeña bicicleta. Mi mirada es seria y mi gesto ultrasobrio. Me paro. Su velocidad es ridícula y casi ni se sostiene a pesar de los ruedines. Su presente es tan débil, como simple y pequeño será su mundo. Su sonrisa es pánfila, y ¡qué mirada!, como la un pajarillo descerebrado. Frena con torpeza y queda frente a mí. “Nooo” Le digo negando con la cabeza. “Sííí” Responde con cara de alélado

y la sonrisa en bucle. "Nooo" Vuelvo a decir. "Sííí" Vuelve a insistir. ¡Nooo! Repito dándole la espalda y abriendo la puerta del edificio. "Sííí" Vuelvo a escuchar. Me doy la vuelta, y ahí sigue; la misma pose, agarrado al manillar y con esa sonrisa absurda. Me mira lelo, como esperando algo. "No" Pronuncio tajante. "Sííí" Insiste cansino. Mismo tono, mismo timbre, idéntico volumen. "Sí" Asiento finalmente. "Pero... he frenadooo" Dice. Me mira bobalicón, esperando lo que sea. Inexpresivo, levanto el pulgar. Me quedo parado un instante mientras sujeto la puerta. Pobre palurdo cabrón, pienso. No tiene remedio. Este niño va a ser un auténtico desgraciado, otro puto fracasado. Seguro que hará desgraciadas a muchas, pienso. No le espera otro futuro que la esclavitud más pueril, fútbol, reggaeton y fondos de botella. Le miro a los ojos, su mirada es traslúcida como la de un pez muerto. Sé que jamás leerá un libro. Vecinos y vástagos por todos lados. Ni siquiera giro la cabeza. Como el resto de mamás y papás, y bajo el sol abrasador, su madre está tumbada en la hierba junto a la piscina comunitaria. Cacarea al teléfono con su nuevo novio español. Lo recuerdo. Un tipo que no deja de vejarla por su acento; un verdadero macho superior. Ella sigue parlotando a viva voz, aferrada a su celular; compartiendo su mierda con todo hijo de vecino. Tiene la misma sonrisa que su retoño y su coño, ambos comparten idéntica mirada. No siento pena, no me inmuto, no empatizo. Dirijo los ojos hacia el pequeño fulano. No reacciona y me mira lelo, parece congelado. ¡Pobre cabrón! Espero que jamás llegue a conducir un coche. Otro jodido fracasado, otro desgraciado como yo. Entro en el portal y me dirijo al ascensor. Al menos, él no se mortificará como yo hago. No aprenderá a sufrir de manera infinita, no se ahogará en vacíos imposibles de rellenar, no se retorcerá ni sutil ni virtuoso en su negrura, no buscará más luz que la del día. No viajará donde no hay lugar. Será otro tipo de paria diferente. No siento ninguna envidia, ya no. Prefiero morir así, sentir los latigazos de la vida desgarrándome como lo hacen desde que recuerdo. Prefiero arder en todos mis infiernos, corromperme en crueles océanos de dudas y mierdas, prefiero mi soledad glacial, mis todos y nada. Prefiero lo que será mi muerte y mi noche eterna y mi angustia. ¡Lo prefiero mil veces! Por supuesto. Lo prefiero así, porque de encontrarme con un ápice de vida, con una jodida migaja de amor, también sabré como hacerlo, y lo viviré inversamente proporcional a toda mi bilis y carbón. Y de llegar el momento arderé junto a mis lutos. Lo haré magnífico. Y lo viviré tan vivo, y con tantas intensidades, como tantas veces he fallecido.

No me encuentro la vida

Imposible. Llevo una hora intentando recordar una palabra, y nada. Recordar es siempre penoso. Pasan los años y todo ha cambiado a peor. Es lo normal. Tú lo has hecho, jamás volverás a ser lo que eras. Ni de lejos, ni nada parecido. Olvida lo que fuiste y ve pensando en algo. No lo verás, pero frente a cualquier espejo tan solo eres un cretino. Tu esencia

se evaporó como la mía, sí, aquella sangre desapareció hace años, junto a la tormenta. Es triste recordar. Hace meses que no tengo una charla con otro ser humano, una conversación. Hoy tampoco la tendré, no, y ni siquiera conmigo mismo. Saldré con la noche, y nada. Solo ella y mi silencio, es la costumbre. Todas las semanas son iguales, es jodido que empiece a acostumbrarme a esto. Es lo que hay. Ha sido mi tercer día de lentejas. Mañana las mezclaré con algo de arroz. Una y otra vez lo mismo y, me acabará por gustar. Acompañado pero solo. La vida pasa por encima como una apisonadora, y ahí seguimos, aplastados, bajo esta tormenta de piedras que no terminará hasta que llegue el último día. Y ahí seguimos, creyendo que caminamos, y no. La ciudad de noche parece perfecta, y no lo es, no es más que un cementerio iluminado malamente, una metáfora muerta y un telón echado hasta la siguiente puesta de sol. ¡Maldita obra! El sueño de una noche de verano es siniestro, es ácido y amargo, patético como un vómito ajeno. Ladrillo en vertical, asfalto en horizontal, luces eléctricas y miradas de puñal corto, miradas perdidas bajo caretas agrietadas. Negrura de calles, oscuridad en los ojos. Macabro teatro de monos aullando entre la basura. Desde el barrio hasta la Gran Vía, un sinfín de metáforas y legumbres insípidas. Hasta el ruido puede resultar armónico, todo está pasado de tuerca y chirría aferrado a la nostalgia. Todo es óxido, todo presente derruido, ruido y capas de pintura vieja. Alcoholes y recuerdos para la noche más industrial. Mi música. El compás del borracho, la carcajada hueca, la necesidad del trago. La luz que alterna mi andar errático, mi paseo nocturno, y otra farola más. Solo ella y yo. La noche de Madrid me gusta, pero es patética y carece de estrellas. No hay vida en rosa, ni época bella. No conozco ni veo adolescente sano, ni joven prometedor, ni acorde musical. Ciudadanos de un mundo caído. Patriotas de la muerte, compañeros del instante más insignificante. Nada más. Infantes de cuarenta años, rebeldes de botella. Viejos, zombies hambrientos de hambre y de pasado. Es así, la vida pasa por encima sin preguntar a nadie, y solo queda un pellejo relleno de carne. La podredumbre no siempre apesta, o sí, cuestión de costumbre. La tormenta no cesará jamás. Más lentejas, pasadas y metaforadas. Nadie aguanta el peso de los treinta a los cuarenta años. Chulos de gorra y lolitas de alcantarilla, son carne de futuro. Culos y tetas, nada me la pone dura. Vivir el instante es imposible, si no se sabe lo que es la vida. Soy un tipo adicto a la feria y a la lluvia de piedras. Demasiado anuncio, demasiada teleserie. Hoy no habrá conversación que me valga, ni erección, ni magia en ninguna mirada. Es la democracia de la ignorancia, el peso del rol, el ego fácil, el pesar de la braga y el calzoncillo. Después de dos años sin trabajar solo hago crítica destructiva, y con dinero, sé que haría lo mismo. Cuestión de olfato. Es la era del fan, del libregastador, del multiviaje y el deporte de riesgo. Mi escasa lucidez es lo único que me queda. Es mi ronda de noche desde que recuerdo. Desde el barrio hasta la Gran Vía. Demasiados luminosos y demasiados letreros. Lo leo en tu camiseta, lo veo en tu cuerpo tatuado. "Yo soy el más freak, el puto monstruo del lugar". Labios perfectos y otro aliento que apesta. Otro capricho de la ciudad, otra danza contaminada y rota. Olvida lo que fuiste

y, ve pensando en algo. Yo estoy en ello. Llevo una hora intentando recordar una palabra, y nada. La lluvia de piedras sigue cayendo, siempre invisible, siempre indolora. La ciudad de noche parece perfecta, y no lo es. Y de día, es aún peor.

¡Tira de la cadena, cabrón!

Es como el juego del teléfono roto, es como el juego de los espejos deformantes. Siempre fue sencillo jugar a ellos, hasta el más tonto puede hacerlo, hasta el más listo se divierte jugando. ¡Play the game! Bienvenido internauta, bienvenido al show macabro y global de la nueva era. Es mi vida presente y la tuya. Vida y muerte en multicolor y en multipantalla. La transducción de la realidad en detritus digital, no hay reglas que valgan, tan solo tengo que ser yo, y tú... ser tú. La ciencia es estupenda. ¡Cambiemos el mundo ahora que podemos! La mayor de las conexiones planetarias de ondas y señales entrecruzadas. Hilos de cobre, fibra óptica y satélites girando sobre las mulleras de los partícipes. Millones de neuronas y material gris actuando, interactuando como nunca jamás. Otro anuncio maravilloso. Otro "me gusta". Es genial. Escatología rima con orgía, siempre lo hará si lo deseas con fuerza. Millones de traseros defecando al mismo tiempo. Cada nalga sentada sobre su retrete y punto seguido. Cacas, heces y excrementos y boñigas; todo vale cuando hay hambre y sed. Todo vale cuando no hay que hacer ningún esfuerzo. Abre la boca si eres mayor de edad, abre bien los ojos, abre bien el orto. ¡Open your mind! Si hay disposición habrá deposición; habrá ingesta sin digestión que valga. Yo estoy listo y mi diatriba apesta. Me gusta compartir. La gravedad es lo que tiene, no hay medida. Y no tenemos la culpa de nada. Todo cae por su propio peso. Me aseguro de tener el rollo de papel higiénico a mano, sé que voy a gastar mucho. Agujeros y anos enfrentados, apuntando todos con certera precisión hacia la cañería. Engullo mi sobredosis y me preparo, solo necesito mi culo y un botón, y rogar, porque la cadena del váter funcione. Soy un gourmet, y mi gula es exquisita. Comida basura y pingüe diarrea mental. Unos y ceros, son como genitales y agujeros bien untados de grasa. ¡Amigos, todos somos iguales, todos somos diferentes y todo salpica! Seamos condescendientes, es por pura educación y cortesía. Es el escaparate mundial, la red social, es la gran letrina. El botón, la necesidad de apretarlo y poner mi película en marcha. Me gusta, me encanta, me adoro. La micción se hace viral, plastas y caldos y otro anuncio más. ¡Mamá, salgo en la pantalla! ¡I like! Es la clase magistral del esperpento. Nuestro gran concierto en solitario. La gran letrina nunca rebosa. La gran letrina agradece tu descomposición y la mía, seguro, hará un buen uso de nuestras preferencias. Magnífica factoría, y magnífica tienda. ¡Gracias amigos! Es el equilibrio perfecto, sí, pues como tanto, como tanto cago. Hagamos de cuerpo todos a la vez, hagamos de vientre y pis, da igual. Es importante saberlo. La gran letrina

nunca rebosa.

Polaridad deseada

Otra vez la pesadilla. Y siempre se hace real. Ya no le tengo miedo. Pero también quiero soñar el sueño. Y que se haga real. Aquel sueño.

A la mar, y a otras tantas cosas

Te miro desde lejos y no puedo dejar de acercarme; ni siquiera aparto la mirada... Me embriagas con tu aroma. Estoy a punto de tocarte y me empujas con tu aliento, con tus palabras. Me arriesgo y me adentro en tu frío, me da igual... Pero tú.. me golpeas gélidamente con tu lengua, me oprimes el estómago, y me sacudes el pecho cuando me tomas. Me adentro aún más en ti, sabiendo que no soy nada... Y me haces bailar a tu son, el son del mar.

Mariano A. Vico. (2012). Novela "Perdiendo el Sur". (p.11)

Minibiografía mal acompañada

Años setenta del siglo XX. Comenzaba el más grande y único de mis viajes. Por aquel entonces mi única necesidad era la de jugar. Al contrario que los demás niños, por mi parte solo buscaba evasión en el juego. Buscaba amigos confidentes, camaradas y pactos de sangre, buscaba respuestas. Necesitaba la liberación, necesitaba valentía, necesitaba robar juguetes. Ellos no buscaban nada, lo normal para los niños, quizá diversión y poco más. Vivía enterrado en vida, me quemaba en preguntas que nadie sabía responder. Antes de cumplir ocho años, en los ochenta, dejé de creer en dios, si no lo hubiera hecho, creo que habría perdido lo que entendí como cordura. Aún me recuerdo rezando cada noche, arrodillado y suplicante frente a la cama, a oscuras. Súplicas, preguntas, rabias, dientes rechinando, ruegos y lágrimas abrasando en solitario. Me recuerdo apretando los ojos, la soledad absoluta. Demasiadas pesadillas, demasiados delirios para tan pocos años, para tan escasa edad. No entendía las reglas. Dormido era todo frío, oscuridad y persecución a muerte. Despierto era aún peor. La visión febril, ficción y realidad entremezclados. Batallones infinitos avanzando hacia la destrucción, atronadores tambores de odio, millares de botas enfebrecidas pisoteando mi cabeza, pasando sobre mi cuerpo enterrado en arena. Sudor y escalofríos, ojos abiertos y alucinados. Seres en la oscuridad acechando, macabras criaturas riendo mi desgracia, marionetas mascullando

ininteligibles, jugando con mi mente. Tenía que separar, diferenciar entre lo real, entre el delirio y las pesadillas. Tenía que sobrevivir, tenía que luchar. Era la batalla. Abrí los ojos y se me gastaron. La realidad era una y simple, no había interpretación posible. Un padre y la heroína, un padre y el alcohol, un padre y la violencia, un padre como monstruo. Un padre de excesos y una vida precaria. La realidad, una madre como víctima y una infancia de la que aprender. Valiente muchacho, me tocó nacer con un pulso atípico. No había otra, era mi propia movida madrileña, mi ritmo acelerado. Supongo que por eso siempre me gustaron las calles, ellas eran lo de afuera, no había habitaciones ni paredes en las que quedar atrapado. En los noventa, fui un adolescente rodeado de niños. Luego, ¡joder!, un adulto rodeado de adolescentes. Necesitaba la liberación, necesitaba valentía, necesitaba robar libros. Mi cabeza fue articulándose, y yo simplificando materia. A los catorce años descubrí el mar, vaya, el mar no tenía calles en las que vagar, en las que quedar atrapado. Solo horizonte y olas, olas y espuma y fragancias salinas. Fue la mar... la que hizo añicos todo ladrillo, la que acabó con los callejones sin salida. Ella enjuagó las lágrimas. Ni mapas, ni reglas, ni estupideces humanas. Como debía ser, el monstruo murió cogido de mi mano. Me deshice de todos los fantasmas, me cambié de nombre. Mi pasión por la vida se hizo verdadera. Me convertí en un vagamundo, un fulano apagado pero volcánico. Fue cuando me dediqué a tiempo completo a conocer gentes, egos de todo tipo y condición. Fue también cuando conocí a Buda y lo mandé a paseo; no se enfadó. El equilibrio no existe dentro de la aventura. Mi respuesta, mi camino y viaje éramos yo, yo y quien me encontrara a mi paso. Siempre iba a destiempo, era el maldito contrapaso. Intenté pasar por otro, pero no pude. La trama de la historia: mi lúcida exclusión, el hombre creciente, el hombre invisible, la dolorosa visión de rayos X. Una calle, un barrio, la ciudad, ¡el mundo!, al fin y al cabo, otro puto laberinto lleno de gente sin preguntas. Seres y agujeros y ventanas distantes, estoy forzado al prejuicio. ¡Qué delirante realidad! Y yo buscando la complicidad, dejando entrever la sonrisa por si acaso. ¡Nada! Pocos adultos con los que jugar, lo normal en ellos, demasiadas peleas y orgullos; demasiadas cicatrices. Pocos amigos para un viaje tan único. A día de hoy sigo igual, siempre tuve la intuición de que así sería. Siempre tardío y precoz, ese es, el jodido contrapaso mío. ¡Agotador! Es muy agotador. Al ritmo han pasado los años, he ido desaprendiendo sin parar. Siglo XXI, una consciencia dolorosa. Siempre que salgo a la calle a compartir, no tengo con quién hacerlo. Intento no vivir una ficción. Ya no leo apenas, ya no tengo preguntas, y nadie tiene tiempo para jugar a la verdad. Mi contrapaso es como yo, siempre desparejado. Y aquí estoy ahora, viviendo, compartiendo palabras, quemando mi viaje y poetizándolo tanto como puedo. Solo y caminante exhausto, apasionado y desapasionado. Aquí sentado, un viento fresco entra por la ventana y me hace recordarla. Pienso en la que ha sido siempre mi distante compañera, la única, la eterna y fiel solitaria... y fría amante; la mar.

Máxima mínima grandeza

¡Mírame a los ojos! ¡Hazlo, por dios! Ponte frente a mí, ya sabes que puedes hacerlo sin miedo, solo son mis ojos en la oscuridad. Venga, vamos a latir y latir o moriremos. No exagero. Acércate y mírame, vamos a respirar el infinito de este momento tan, tan irrepetible. ¿No lo ves? La consciencia es el peor espejo que encontrar en el camino. No hay nada que temer de ellos, ni del camino ni del espejo, tan solo hay que ser consciente del horror de no poder permanecer vivos para siempre. Para siempre es ahora mismo, y nunca más, ¡jamás será como ahora mismo! Es cierto, es tan simple como odioso; lo sé. Yo te miro, mírame tú también. No pienses en ciudades y ciudadanos, ni en campos, en horarios ni quehaceres; no pienses en las mierdas cotidianas. Es terrorífico, ¿verdad?, es la maravilla del éxtasis compartido. ¿No lo sientes? Y sí, dura tan poco como la brevedad. Mirémonos ahora, no hay que esperar al invierno, no aguardemos a la puta primavera. Si quieres lloraremos todo el tiempo. Parece sencillo vivir durante un instante verdadero, ¿verdad?, parece fácil cuando te ves en... unos ojos que van a dejar de existir. Mirémonos como dos estrellas cercanas, como dos luces solitarias que terminarán apagándose como lo hará el mismísimo Sol. Olvida, olvidemos que vivimos en una tierra firme. Olvidemos que vivimos en un mundo de hombres que agoniza. Seres y finales y millones y muertes; eso es la historia. Acércate y mírame. Lo veo, ¿me ves?. Tan solo somos una historia más, una que tiene que acabar; al igual que lo hace toda canción, todo baile termina algún día. He mirado a las hormigas y a sus ojos, las he pisado y he sufrido de arrepentimiento. He capturado mariposas y han perecido entre mis manos, dedos manchados de polvo de colores. He capturado peces y arcoiris, he tatuado en mis retinas el brillo de sus últimos instantes. Latidos finales, y matices. He perdido infancia y juventud, y, y sabiéndolo cada día. ¡Ahora mismo! Sumo a toda velocidad, y nada. No hay peor liberación que la consciencia. Aguanta la respiración. Todo el oxígeno del planeta es insuficiente para permanecer sumergido por siempre en la vida. No soy superior a nada, otro organismo microscópico. Dame tiempo, es fácil demostrarlo. Aquel dolor de cabeza insoportable es una buena pista. Aquella indigestión, ¿te acuerdas?; otro indicio más. He matado bichos, pensándolos simples devoradores, carroñeros de lo que antes fuera una vida. Latidos finales para todos. Y he aprendido, he aprendido a arrepentirme de todo. Para el universo no soy menos que un insecto, una fábula o un cuento para niños. He pasado más de treinta años pensando que cada día sería el último de mis días. La muerte como angustia diaria. Cada día aterrorizado, y con cada despertar una sentencia final. Así, perseguido día tras día durante tres décadas. La consciencia no es divina, no es cuestión de apartar la mirada y correr. Un día más que se pospone, y hace tiempo que tiré mi reloj. Y he aprendido a mirar, a entrever la eternidad. Olvidemos el cosmos y el más allá de las narices, olvidemos a los hombres. Necesito tu brillo vital, el espejo único

de tus ojos. Ya no tengo miedo a la vida, ni a la muerte. Pura consciencia o absoluta necesidad. Pero no creas, sigo siendo un cobarde integral. Tengo pavor a muchas otras cosas, innumerables sinfines de padecimientos humanos. Pero mi mayor miedo es el más atroz de los miedos; la estrella apagada. El peor. Que no me mires a los ojos. Mis ojos sin reflejo.

El buen gusto

¿Cuánta basura puede caber en una cabeza humana? ¿Cuántos me gusta puede tener una mierda humana? En el mundo de los vertederos todo es posible si apesta lo suficiente.

Viaje en corto

Vacaciones de verano y ciudadanos por el mundo. Vacaciones cuándo y donde sea. El caso es desconectar de la miseria diaria y largarse, y cuanto más lejos... mejor que mejor. Diversión, evasión o conocimiento en estado puro de desgracia. Lo mío es supervivencia y giros continuos sobre mi propio eje. Hastío y supina resignación. Vueltas sobre ningún lugar, mi vida no tiene trayecto que valga. ¡Bon voyage, monsieur! Mi panorama, siempre el mismo retrete y unas botas impolutas que volver a limpiar. Mi decorado es poco fecundo. Vivo de prestado en una habitación de siete metros cuadrados, tengo el suelo sembrado de incontables idas y vueltas y pisadas. New York, Montevideo, París o su puto padre... ¡Conocer mundo! Tengo que dejar estos cuatro tabiques y ver mundo. En fin, el mapa es grande, y hay un buen montón de lugares donde tomar fotos y hacer de cuerpo. Nunca he salido de mi país, y empiezo a ver, que soy el único que no colecciona souvenirs. Me avergüenzo, soy una absoluta vergüenza, un tipo escaso y sin margen de maniobra. Falta de liquidez o sobrada cobardía. Es mi dilema vital, mi excusado nauseabundo de cada vez. O viajo, o me arreglo la boca. O conozco mundo, o vivo la mayor de las ruinas asomado a la misma ventana y deslunado. Estambul, Tokio, Ciudad de México o su puto padre. Hay tantos lugares como días y panes y jaulas. Elegir entre un buen viaje o unas gafas bien graduadas. No sé a dónde ir, ni qué hacer. El dinero no me quiere, le apesto, me ha evitado durante toda la vida y a toda costa. Ola de calor y otro verano interminable, y ni siquiera puedo poner el aire acondicionado. Mis siete metros abarrotados de angustia. No puedo ampliar horizontes, aunque imagino, que una diarrea se sufre igual en todas partes. Un paseo por la dunas del Sáhara, Alaska y su aurora boreal, caballitos de mar en las Islas Salomón. Quizás un fin de semana en el Vaticano me cambiase la vida. No sé, seguramente no, la vida no tiene escapatoria digna. Cuarenta años de hedor, y he dejado de buscar a mi dragón blanco de la suerte. Tengo que pagar otra, la factura del teléfono es un muerdo doloroso pero necesario.

El puente de Brooklyn, el Taj Mahal, las pirámides de Teotihuacán, La Ruta 66 o su puto padre. He conocido miles de viajeros, pero a ningún ciudadano del mundo. Bueno sí, ahí está mi querido amigo Freedom; el único. Vino de Senegal y llegó en patera, y Hollywood le importa una mierda. Nos miramos cuando nos vemos, nos reímos cómplices y me devuelve el euro. Le pregunto por su hijo, me mira triste y le devuelvo el euro. Soy un desagradecido, vivo de prestado en una habitación de siete metros y al menos no tengo cargas. Deseo poco y gasto menos, y ya ni siquiera tengo gata para compartir caricias. Tengo que escapar o no sé, bailar. Vuelos transoceánicos, cruceros de ensueño, inmersiones subacuáticas y tirolinas imposibles. Soy un partisano sin causa. Quizás deba conformarme con lo que tengo, tan solo he sido desheredado de mi propio planeta. Hago mi ronda de noche por las calles de Madrid, mi capricho; una cerveza y un cigarrillo entre farolas. Vacaciones de verano y ciudadanos por el mundo. Intento no colisionar con los guiris y sus viajes. Los billetes de metro son un pellizco, pero al menos, los conciertos son baratos en el subsuelo. Escritor de periferia y unas botas siempre limpias. Debería bailar el absurdo, debería entrar en trance y cerrar los ojos. La noche es barata cuando solo, se anda solo. Si fuera de visita a cualquier lugar del mundo, tendría que quedarme en él, y con suerte, viviría en una habitación de siete metros cuadrados. Vivo siempre bajo mínimos. Solo me niego a negarme, y por eso soy un necio profundo incapaz de ampliar horizonte. Mi fortuna es existencial, abstracta, es imposible de canjear por divisas en este zoológico demencial. Como todos los días y sonrío por agotamiento, ni siquiera tengo energía para coger la mano a nadie. No me quedan hostias, no me quedan besos, ni deleite físico ni paseo romántico. Debería convertirme en un refugiado, pedir asilo en algún lugar más civilizado y mendigar. ¿Cómo convenzo a esos cabrones? Ciudadano de un mundo de siete metros cuadrados, eso es lo que soy; morralla en los bolsillos y cien teclas que pulsar hasta la muerte. Debería marcharme a un sitio más asequible. Cada letra me sale muy cara. Solo necesito papel y lápiz, y comprar una maleta. Tengo para costearme un billete de ida, tengo lo justo para escapar. ¿Cómo convenzo a esos cabrones? No hay ninguna pistola apuntando a mi cabeza, tampoco vivo arrodillado. No quiero vacaciones, no quiero viajar, yo quiero querer, quiero habitar, quiero ser al menos un ciudadano de mi propia vida. Ni siquiera deseo escribir esta cagada. ¿Cómo convenzo a esos cabrones? Cómo les explico, que en mi patria no tengo futuro ni tengo escapatoria, que soy un paria, que estoy privado de libertad. Mi lugar es siempre el mismo retrete, el escenario suficiente para entrar en trance. Dos pies izquierdos lo hacen difícil, pero bailaré, pagaré mis impuestos y arrendaré mis botas. Es mi viaje, son mis vacaciones. ¡C'est la vie! Siete metros cuadrados deberían bastarme.

Encuentro de amantes

Aún somos unos completos desconocidos, y aún así, me conoces mejor que nadie. Te conozco desde niño y te reconocí ayer. Pero qué jodida y fabulosa que eres, haces que el resto de ellos me parezcan unos extraños.

Ella no finge, la muerte

Ay, dios. Surrealismo supremo en estado tangible. De saber que viviría algo parecido, jamás hubiera leído un libro. ¿Cómo me explico, si todo lo que voy a decir es mentira? Soy un actor y un espectador, un actor expectante. Vivo metido en una película y al mismo tiempo dentro de otras muchas películas. Todo es escenario y show, todo es casting demente. Lo peor es que en esta peli se sufre y se sangra de verdad; la gente muere. No hay exclamación que valga. Dalí o Buñuel no durarían ni tres días de rodaje. El día a día es tan hilarante como ridículo. Llegará la última secuencia, los créditos y fundido a negro. Llegará el final de la sesión y tiraré mis libretos, acabará mi trabajo y carrera profesional. Mi paso por este mundillo habrá sido bastante mediocre como actor, falta de talento y mala suerte con los papeles. La última luz se enciende y el telón se atasca arriba. Hay que joderse. Mi muerte, puede que llegue a ser el momento más auténtico que viva en toda la vida. Aún estando loco, o senil, o sedado en la cama de algún geriátrico. No importa, la guadaña no entiende de excusas ni rodajes; así es la nena. Pudiendo elegir, espero que sea una muerte sin proceso de agonía. Si no da tiempo a leer el "The End", tampoco pasa nada. Si no hay tiempo para reflexionar, tampoco importa demasiado. Con la defunción acaba la función, es un ídem de lo mismo. Acaba la película y punto final. Sea como fuere, la muerte, puede que llegue a ser el único momento de pura realidad al alcance de mi mano. Yo lo intento y no lo consigo, me refiero a vivir de verdad y como auténtico ser humano. Si yo paro la función, los demás continúan actuando. Hostia contra la pared y orgasmo solitario. Si me da por quitar un ladrillo, hay cien fulanos y fulanas colocando sus ladrillos. ¡Gracias Groucho! Vivir la realidad se ha vuelto imposible, es un esfuerzo inútil. La existencia es una pantomima generalizada, el mundo del celuloide ha transmutado al mundo real en un bucle de planos secuencia. No hay más. Un actor no puede existir sin su película. Putos hermanos Lumière, ojalá os estéis retorciendo en vuestra tumba. Un personaje ficticio no puede escapar de su ficción. Un televisor, unos padres infectados por la peor peste de imágenes. Nada más nacer la película empieza a grabarse en tu cabeza y en la mía, en millones y millones de cabezas. Antes de andar ya estas rodando. Ahora la pantalla de cine es todo alrededor, todos somos cine y todos tenemos nuestra razón. La proyección es global y en sesión continua hasta la muerte. Tenía que ocurrir, está escrito en el guión. Ficción en tres dimensiones y entrada gratuita. Vaya, otro empresario,

otro chulo de barrio y otra pin up, otro político, una maruja más y otra estrella de rock. Más abogados, otro doctor... otro pintando la mona. ¡Me cago en el guionista! Catastróficas, románticas o bélicas, ya sea una comedia o drama, no importa, nos tocará una ración de todo. Rodaremos en exteriores o con decorados, con luz artificial o natural, no importa. Lo peor es que en esta peli se sufre y se sangra de verdad; la gente muere. Lo cierto es que sí, es un peliculón épico pero mediocre, un festival cinematográfico y orgiástico. La realidad ha dejado de existir, ha muerto. No lo vi venir, solo me he limitado a coger mis papeles y actuar en el enredo general. El continuo cameo es lamentable, todo es película rancia y actores patéticos, estúpidos filmes bastante creíbles, pero inverosímiles en el fondo. Prohibido saltarse el texto, prohibido pensar. Hay que interpretar, no hay remedio ni escapatoria a la superproducción. Todo está escrito, logros y penurias, frases hechas y pensamientos. Color del pelo y corte, uñas postizas, traje y corbata, chupa de cuero, reloj dorado y collar de perlas. Si tienes suerte podrás elegir vestuario y hasta banda sonora. Si tienes suerte podrás ponerte hasta el culo de champagne y caviar. Coge el guión, quizás esta vez tengamos un par de frases inteligentes, o graciosas. ¡Joder! Este guión es infumable, es una auténtica mierda que mancha por donde lo cojas. Lo peor es que en esta peli se sufre y se sangra de verdad; la gente muere. Aunque hay poco margen, debería improvisar algo, añadir un par de frases propias. Hay que interpretar, no hay remedio, otra vez me toca ser un desgraciado; otra vez escritor. Una modelo, el marica de turno, otro charlatán, otro iluminado y un fascista más. Carcajada y risotadas de futbolista, el rol no da para menos. Sogas y corsets y mierda en la boca. La foca aplaude, el mono fuma y el loro canta vestido de cacatúa. No hay ser más ridículo que un actor encarnando su personaje. Películas y más películas, y todo está escrito. Actores malos aprendiendo de actores pésimos, es lo que tiene la endogamia profesional; siempre repartos de mierda y demasiados personajes repetidos. Todo está preestablecido, todo es convención. Papel principal, secundario o aparición extravulgar. Vaya decepción, me faltó ser dictador, dios griego, actor porno y concertista de piano. Así no hay quien pueda con la vida. Si yo paro la función, los demás continúan actuando. Ni siquiera fui extraterrestre u hombre lobo, ahora lo hacen todo por ordenador. Ay, dios. Surrealismo supremo en estado tangible. Cómo me explico, si todo lo que voy a decir es mentira.

Septiembre 2016

Este es un septiembre diferente, será un septiembre inolvidable. Es mi septiembre que se marcha. Es tu septiembre que se marcha. Y sin saberlo, este será nuestro septiembre para siempre.

Otro sueño jodido

Hoy mismo hace ya tres décadas que tuve aquel sueño, uno extraño y que jamás había contado. Han pasado treinta años y es el sueño que mejor recuerdo. Ha sido el sueño más vívido que jamás haya tenido, y no lo he contado porque no sé muy bien cómo hacerlo. Sigue grabado a fuego y como penitencia en mi memoria. Soñé que vivía más de mil vidas, todas vidas diferentes, completas y con sus respectivas muertes. Nacía una y otra vez, siempre en un ser nuevo y distinto, pero mantenía la conciencia de todas las vidas y seres anteriores. Esa era la más horrible de las constantes, la maldición del sueño; nacer y recordarlo todo. Una, otra, una tras otra... una y otra vez. Nacer y recordar cada vida anterior, y luego morirme. No recordaba todos los detalles, pero sí las vivencias verdaderamente importantes, las sensaciones, anécdotas, las personas y conversaciones. Otra de las constantes en aquel sueño era que no podía concebir, ya naciera como hombre, mujer, e incluso como animal, por lo que fuera, siempre era estéril. De todas, he llegado a tener vidas muy longevas, y otras muchas fueron tan breves como un par de latidos. He tenido vida de mariposa, de tortuga, e incluso de algún animal extinto a día de hoy. Recuerdo casi todas las vidas que viví, intentar contar sobre la mayoría de ellas sería absurdo; no sé ni cómo hacerlo. Los primeros siglos fueron los peores para mi cabeza, los siguientes, sin duda terroríficos. Luego, pasados los primeros dos mil años... bueno, supongo que me acostumbré a aquella locura sin propósito. La mente imposible y desbordada, las incontables experiencias, la simple existencia se me hacía insoportable. El dolor, una y otra vez y cada vez peor. El miedo, una y otra vez y cada vez peor. La carga inolvidable, los maravillosos recuerdos de tantísimas experiencias y vidas anteriores; y la continua pérdida. He nacido en cuevas, en grietas, en lagos y mares, en ríos, en campos y desiertos, a la luz de hogueras e incontables lunas. He nacido tantas veces y en tantos lugares, he sido tantos seres... He cazado, he matado y asesinado; he sido devorado y he servido de sacrificio a muchos dioses. He nadado, andado y reptado por tantos sitios como lugares. Era una sensación terrible, volver al mundo y al poco tiempo empezar a recordar aquellas vidas anteriores. Siempre el mismo olor a tierra húmeda. La conciencia brutal, tan abrumadora y dolorosa. He vivido el mundo más finito y desgarrador que ningún ser pueda imaginar. Otra de las constantes en el sueño era el amor, pues siempre y en cada vida encontraba a otro ser al que amar incondicionalmente. Mi corazón nunca se acostumbró a eso. ¿Qué puedo decir?, he visitado demasiadas tumbas y he acariciado demasiadas calaveras. He visto morir y nacer a tantos hombres, como tantos ocasos y amaneceres han visto mis innumerables ojos. Como niña, anciano y adolescente, he vivido cientos de guerras, he participado en muchas de ellas, y no lo dudo, he perecido en todas. Vivir mil vidas, podría decir que he vivido en primera persona la historia de la jodida humanidad. Prácticamente así ha sido. Sus mejores inventos y

cagadas. He empuñado todo tipo de armas, he fabricado herramientas de piedra, de hueso y de metal. He vivido el peor de los límites y he muerto de innumerables maneras, de accidentes y de enfermedades y de estupideces. He sobrevolado los cielos con mis propias alas, y jamás lo olvidaré. No he visto ni conocido espíritus, ni demonios, ni seres celestiales. En fin, un sueño delirante y agotador para cualquiera. Harto de tantas vidas y del absurdo, al cabo del tiempo dejé de considerarme humano. Y si nacía como tal, en cuanto empezaba a recobrar la conciencia de mis vidas pasadas me exiliaba, luego y sin pensarlo dos veces me quitaba la vida. Me suicidaba antes de aprender a hablar la lengua de turno o mediar palabra. He sido esclavo y rey, matrona, pirata, bailarina, cabrón, salteador de caminos y sabio y predicador y... Una lista larga, muy larga. Un siglo tras otro, miles de años y mil vidas vividas. Siempre mi alma y otro cuerpo. Como decía, los primeros milenios se me hicieron insoportables, renacer como persona era la más sucia peste, el peor tormento. Intentaba hacer vida normal y me era imposible. Vivir entre ellos me era inverosímil y demasiado frustrante. Escribí cientos de diarios, libros y manuscritos, lo hice en tablillas, papiros y pergaminos; todos los destruí. Durante un milenio solo pude ser un auténtico loco. Durante otro milenio intenté ayudar y guiar a las gentes; y nada. Durante otro milenio viví sin nadie cerca al que ver morir, sin nadie cerca al que pudiera llegar a amar. Apenas recuerdo las fechas, solo los siglos y las personas desaparecidas para siempre. Una guerra y otra guerra, y dejé de luchar. Moría solo con el propósito de volver a ser algún animal. He conocido a gente de bien, a seres maravillosos y humildes, he conocido algunos genios y he matado a muchos monstruos. He visto surgir ciudades y caer imperios. Llegué a rezar a un par de dioses, e idiota, luego intenté acabar con algunos. No pude enseñar nada y dejó de importarme. He estado ciego, sordo y tullido. Muerte y progreso, ignorancia y parsimonia; las otras constantes. Llegué a aprender mucho, a saber demasiado sobre todo, y a no lograr comprender nada. Un puto desquiciado e impotente repitiéndose durante generaciones. Todo me salía mal en todas las vidas. Como decía, es un sueño complicado de contar. No sé con qué quedarme de él, quizá con todo o nada. Quizá con el amor, la intensidad y la pasión del momento apasionado y compartido. Mil vidas y solo aprendí unas pocas cosas importantes. Aprendí a amar. Y aprendí que el infinito es un lugar al que jamás llegará mi cuerpo, un lugar, que ni de lejos rozará mi mente. Lo sé, no hay más plan divino que el que pueda escribir ahora en un papel. Ni siquiera un sueño febril, ni siquiera la pesadilla más lúcida de un mono. El sueño terminó a finales del siglo XX, justo con mi último nacimiento. Hoy mismo, hace ya tres décadas de aquel sueño; y sé que solo fue un sueño. Cuerpo, mente y una larga noche de verano. Hoy vivo como hombre y he dejado de luchar. Te escribo con un ordenador conectado a internet; quién me lo iba a decir. Así es, hoy solo podría hablar con dios, con el demonio, o contigo. Y sé, que aquí solo estás tú.

De duende a gato callejero

Junto a un valle y entre montañas, había praderas intensas junto al mar. Hace años viví en un bosque, me recostaba en hendiduras musgosas de árboles centenarios. Dormitaba al arrullo de regueros de agua cristalina, junto a helechos y entre velos de niebla. El otoño era pura magia, y gruesos lechos de hojas, mantos de ocres, rojos y amarillos madurando. Fragancias a maderas transportadas por suaves vientos marinos. Viví como un duende y fruto, bajo un techo de verdes perennes y cielos caprichosos apelmazados de nubes y tonalidades. Ahora mi suelo es cemento, mi cielo, mi cama y mi pesar son cemento. Un otoño más en la ciudad. Un cielo de plomos sin lustre ni gracia. Nunca llueve lo suficiente como para limpiarlo todo por aquí. Dejé los verdes por el luto, y yo encantado. Ha dejado de llover, siempre deja de llover. Cierro el paraguas. Una hoja cae en espiral. Sobre las azoteas y antenas, entre las torres surge un arcoiris desteñido, quizá dure unos segundos entre tanta suciedad. Una ciudad contaminada siempre tiene regustos lúgubres y olores rancios mezclados con recuerdos inolvidables. Intento quitarme una mierda de la bota contra un bordillo. Otro otoño cada vez más escaso de hojas, y cada vez más sobrado de peste y bofetada. Entro apestando en un bar apestoso. Un café amargo, unos chulos de barra, unas señoras pintadas comentan sobre sus abalorios y mientras, unas cabezas de animales disecados miran al vacío. Otro café amargo y un tipo me observa mientras escarba con un palillo entre los huecos de su dentadura. Sin quitarme ojo, escupe un trozo de algo. Su viejo perrillo me mira con complicidad, con los ojos de un reo necesitado de caricias y paseos. Hojeo un periódico, y todo es deporte. Hojeo otro, y todo es política. Hojeo una revista y todo es moda y temporada. Hojas y más tacos de hojas impregnadas de basura. Alzo la mirada, anuncios y sonrisas en un televisor de pantalla gigante. Indispuesto, aparto la vista y al fondo me espera un aseo sin asear. Debe ser monstruosa la ignorancia, o eso quiero pensar. No puedo hacer nada por evitar lo inevitable, y tampoco deseo hacerlo. Es lo que se desprende del gris de mis canas; indiferencia tras la resignación y lo inevitable. Es lo que tiene el otoño, sabe ponerme en mi sitio. Porque el otoño, ya sea en un bosque del norte o por las calles de Madrid, no deja de ser lo que es; un tránsito hacia lo ineludible. Otra familia de supervivientes que acude a misa con sus ropas de domingo. Los padres hacen caso omiso, el niño la pateo y luego escupe a su cadáver. Otra musa que muere a manos de otro niño. Le miro y él me observa desafiante, su cara es un relleno de sebo rojo y ojos infectados de infamia. Tan joven y tan podrido. Su padre me mira con gesto cafre y yo, solo pienso en el otoño. Otro paseo y me toca apartar el gesto, un largo paseo de náuseas y de retirar miradas. Otro paseo de la vergüenza, otro de regueros sucios, de alcantarillas y bocas tragando y exhumando pestes. Gentes y actos gentiles, y tantos charcos como espejos rotos. Todo está caído, todo está calado y se pudre, todo se arrastra a paso

infectado. Otra foto de familia desahuciada. El niño se acerca con sonrisa boba, y Minnie Mouse se rasca el coño, Mickey se acerca a la escena con su boca apestando a vino y bragas. Todos ríen y, todo está bien durante un segundo. Otra musa muerta bajo la estatua ecuestre. Otra, yace rota y violada entre unos cartones y orines, y más allá otra desgraciada, se quita la vida frente a un columpio solitario. Nadie ve al otoño, ni a sus delicados cuerpos caídos. Soy el único que guarda luto. Se acabó, este debe ser el fin, y así debe ser. El otoño es presente en estado puro, es puto prelude del futuro. Percibo un débil lamento entre unos coches y me acerco. Una pequeña musa, me mira desencajada, inundada por su última lágrima. La recojo, me susurra al oído y muere. Enciendo otro pitillo, y recuerdo sus palabras. "Escribe sobre la magia, amante, aunque nadie te escuche. Pasea, aunque seas la última hoja del otoño. Y llora, si tienes que llorar". Otro semáforo en rojo y cien coches parados y rugiendo sobre el asfalto mojado, cien tubos de escape tosiendo impacientes. Peatones en tránsito entre perfumes de colonia y petróleos, entre tacones y corbatas y alpargatas. Muchos corren y otros pedalean; pobres desgraciados huyendo en círculo. Nadie se queja y yo tampoco. Trascendencia o indiferencia me suenan igual. Otro parque, una gran balsa de agua, desperdicios flotando junto a unas hojas de árbol. Un unicornio hunde su hocico entre los desechos. Su cuerpo está decrepito, ojos reseca, lágrimas reseca, patas temblorosa. Ni siquiera me ve. Dolor, miedo o resignación. El mundo desaparece en el vacío de la ciudad, se retuerce moribundo en alquitrán y entre reflejos de escaparate. Maniqués, temporada de primavera y verano. No existe peor grito, que el grito que no escucha nadie, el grito que deja de ser grito para convertirse en la imperceptible banda sonora de una ciudad que agoniza. Entro en un museo y salgo horrorizado. Entro en una biblioteca y salgo horrorizado. Acerté con mi luto. Sé que vivo a expensas de no encontrarme jamás con un verso que tomar con la boca. Otra hoja cae en espiral. Es una sentencia, una vida sin despensa y llena de hambres insatisfechas. Una sentencia otoñal. La penuria es tan infértil, como un paseo retirando miradas y pisando hojas. El tonelaje de mi pesar abatiría a todas las alas del planeta, a todas las hojas de los árboles. El otoño es mi parada preferida, mi estación de bosque o ciudad. Una farola, una luciérnaga solitaria. Todo es tan real, como el recuerdo amargo del primer café solo, como el humo de este cigarro que asciende en espiral.

Coge un puto bolígrafo y escribe

La frase de tu vida. Aquí debería haber un espacio para la frase de tu vida. Espera... espera.

[

] Este, sería el espacio reservado y vacío. Quizá sea el momento de que la

escribas, una frase corta y contundente. No esperes, la vida se va.

No pasa nada

Para nuestro amor lo deseé todo en absoluto, todo, menos la muerte. Y eso fue lo unico que conseguí, morir.

No es un juego

La resurrección de mi cuerpo. La reconexión de mi alma. La refundación de mi mente. Las inyecciones que me meto en vena no surten efecto. Estoy jodido por una abstinencia fatal. Necesito mi dosis de vida sin adulterar, su droga en estado puro recorriendo mis venas. Un pinchazo que me devuelva al infinito apasionado. Un solo pinchazo de aquella gracia. Y luego otro pinchazo, y otro. La sobredosis. Siempre fui un vicioso, un adicto a la vida en estado puro de vida. Solo es cuestión de pureza. Soy un adicto a esa mierda, a su maldito éxtasis, a la vida sin adulterar. Lo sé, es una mala adicción.

No hay trinchera que valga

No tengo caverna en la mente que lo resista. Es desquiciante a los sentidos y a las entrañas; me cala hasta lo más profundo. Ojalá no tuviera gusto, ni tacto, ni olfato ni oídos. La peste es comunal, mana de todos, de cada cuerpo y del mío, y todo lo envuelve en una nube densa de pisares. Como una bruma nauseabunda y fantasmal que se desliza implacable a ras de suelo. Una peste absoluta y fratricida. Todo lo amalgama, todo lo impregna de matices pestilentes. Y para más inri, de fondo suena el puto alegre; "La Primavera". Entre las pestes y la música de Vivaldi, casi resulta imperceptible, pero ahí está, es como un ruido de fondo y siempre está presente. Un soniquete aromático y maldito. Es el inconfundible olor a fatalidad. Está integrado en la atmósfera, es un son áspero, es funesto. Me desasosiega percibirlo, me irrita y me jode respirarlo, y solo puedo seguir el paso al ritmo apretado de la multitud. Me dejo llevar. Solo puedo seguir respirándolo, tragando la desgracia compartida y los tarareos. El paseo lento es procesionario y tortuoso. El sometimiento; lacerante. Es un horror el desfile, todos somos una totalidad, caminantes hacia el ocaso más baldío, hacia el precipicio de la indiferencia. Y mientras, termina Vivaldi. Es ridículo, resulta descabellado. Sonríó forzado y doy otro paso. Él sonrío, ella sonrío, ellos sonrío y luego, dan otro paso prendidos de la mano. Continúa el trasiego magistral y ceniciento. Y comienza la Novena sinfonía de Beethoven, el cuarto movimiento, como el cuarto jinete del

Apocalipsis! Las náuseas me empujan de nuevo. Me contengo y disimulo. Todos nos sonreímos cómplices mientras canturreamos el Himno de la alegría. Y unos cantan dichosos al paso. Caminamos arrugados como muchedumbre. Y continúa el arrastre, y la peste y la bruma, y esa inconfundible fragancia a fatalidad. El abismo está enfrente aguardando silencioso. No tengo pensamiento que pueda combatirlo, ni fuerza, ni gana. Me siento indigno. Y mientras, magnífico, suena Beethoven. Cierro los ojos y camino y, escucho. Y recuerdo las imágenes, las bombas atómicas estallando y reventando el mundo. Oigo los coros y permanezco mudo. Tan solo puedo meterme las manos en los bolsillos y respirar esta enfermedad compartida. ¡Todo es tan rancio! Aprieto los ojos y veo las imágenes: el exterminio, los muertos vivientes, los campos de concentración. Doy otro paso junto a los demás. Indiferencia. Suena Beethoven de fondo, y suena macabro. Y recuerdo las imágenes, tan nítidas. Me dejo llevar entre arcadas. Pienso en lo que quieren los niños, en lo que desean los jóvenes, en lo que anhelan los adultos. Un paso más, y pienso en lo que yo quiero. Pienso en la esperanza, en la probabilidad. Me cuesta fingir, pero me dejo llevar. Y miro al suelo y respiro. Soy parte de la peste.

Mea culpa

Tan solo me consuela saber que en otro tiempo sería un número tras unos barrotes, un número encarcelado. Ya no me puede dar más pena el presente en el que vivo. Las letras y las personas desaparecen y todo se transforma en número. Lo odio. Unidades perdidas, decenas de pena, centenas de soberbia, millares que se multiplican, que se exponencian aritméticamente, geométricamente, putéticamente. Este texto me desagrade tanto, que no voy a volver a leerlo jamás. No me gustan los números, me asquean, aborrezco hasta las teclas numéricas, el acto de pulsarlas y ver como aparecen los miserables números en la pantalla. Ni siquiera escribirlos en papel, me tiembla el pulso, me rechinan los dientes. Números. Me asquea su lógica y razonamiento, su manera de pervertir la realidad y al hombre. El trasfondo monstruoso y matemático del cálculo frío. El sistema numeral, me repugna la transducción de la materia en números. La metamorfosis es obligatoria. Yo mismo soy un número, una cifra millonaria, un número cuantioso que no equivale a nada. Soy muchos números y ninguno importa un carajo. En mi ciudad soy un número, para mi país soy un número. Me han deshumanizado por completo. Soy un gasto, un ingreso, un porcentaje, una estadística, una papeleta. Un puto número desde mi nacimiento y hasta la muerte. Para la historia, mi número estará tan perdido como un cero solitario, será tan insignificante que no significará nada. Estoy resignado a ser eso, a ser nacimiento y defunción. Ese es mi resultado final. Cuestión de hacer números para resolver el problema. Veinte millones de seres humanos destruidos en la Primera Guerra mundial, sesenta millones de seres humanos destruidos

en la Segunda Guerra Mundial. Números aproximados, cifras redondas, millares arriba o abajo. ¡Qué más da! La guerra de los números nunca termina. Somos números olvidados para los que juegan a los números. Los tipos de gris y sus sonrisas perversas, sus operaciones numerísticas. ¡Los salvadores! Siempre fueron pocos, siempre serán unos pocos. Odio a esos bastardos hijos de puta disfrazados de persona. Solo desean convertirnos en números. La metamorfosis es obligatoria. Mujeres como matrices sumisas, deseosas de macho, de huevos cargados de semen ignorante. Numeritos de pega. No hay esperanza. Intento con todas mis fuerzas no ser un número, y no puedo. Mientras, intento apartar la vista cuando camino por la ciudad, y no puedo. No soporto ver como los niños se van transformando, como van perdiendo su materia humana, como van convirtiéndose en dígitos, en reclutas sumisos de la calculadora social. El saludo a la bandera, el hambre de moneda y la sed de gasto. La audiencia abyecta no deja de crecer. La parsimonia es metapasiva. La carne de los números nunca importa. Este es el presente, y van ocho años de depresión y vergüenza total. Y los números se quitan la vida, cada año un millón de personas y de suicidios. Y van ocho millones. Mi familia, tu familia, mi sonrisa y la tuya, mi sueño y tu insomnio, mi pena y tu pesar... todo es número sin valor para el sistema. Trabaja, obedece y pulsa sus teclas. Es la historia de la humanidad, es la guerra de los números. Otros gobernantes, otro puñado de cabrones, otras fechas, otra crisis y muchos números. La sustracción vital, los hijos de los números serán números hasta la muerte. El olvido. El presente mundial, la cultura, la ignorancia como educación, la metamorfosis obligatoria. El hormigueo es incesante y demencial. Somos números castrados, engendrando a números impotentes. Odio a los que juegan con los números, a los que juegan con las vidas. Todo aparenta ser suma y es resta. No hay esperanza en los números. Lo odio. Lo dicho. Este texto me desagrade tanto, que no voy a volver a leerlo jamás.

Sed

Sediento de sangre. Me melancolizo a base de tragos de un pasado que apenas me pertenece. Me siento infinito e inmerso en un son sin sangre. Tan solo me queda aguantar, sentir el ritmo del son y aguantar la repetición del presente. Sediento. Hacer presente y destilar más gotas de pasado a base de presente. Inmerso en el son, en este son sin sangre, inmerso y exangüe. Y sentir el ritmo del son y la repetición del presente, y destilar más gotas de lo que un hoy será mañana y mañana será pasado. Sediento. Y esperar a poder dar otro trago, otro pequeño trago melancolizado. Y beberlo inmerso y al son de un pasado que apenas me pertenece. Es la danza de la quietud, es el trance del son sin sangre. La destilación continua y la sed infinita. Sediento y exangüe.

Almas

Mi desprecio es absoluto cuando observo un alma retorciéndose a placer dentro de un cuerpo henchido por la necesidad. Un cuerpo a rebosar de años de autocomplacencia mórbida y víscera mental. Seguro que devorar su alma sería un acto piadoso. Pero también sería una pérdida de tiempo y un alimento nulo y una indigestión dolorosa. Una cagalera asegurada. Opto por la indiferencia y mi falta de compasión. Mejor aguardar a que su alma vuele y desaparezca al viento junto a la piedad de la vida. Mejor acariciar una piedra abandonada en una noche de nubes y de luna llena. ¡Cómo despreciarlas a ellas! A la piedra solitaria y aún caliente, y a la reciente noche oscura, y entre las nubes la luz de la luna llena. Ellas y sus voces son tan sabias y claras, y sus almas tan puras...

Dónde coño estás

Desgraciadamente lo he comprobado. Un año viviendo en completa soledad equivale a una década de vida. Y llevo tantos años solo, que me he convertido en una especie de extraño ser ancestral. He quedado incapacitado para vivir cualquier presente y con cualquier persona. Es terrible, soy terriblemente humano. Aún así, tengo la esperanza de seguir viviendo todos los años que me queden. Así es. Aunque tenga que buscar durante decenios a otro ser tan viejo como yo, tan terrible y, tan humano.

Astrología mental

Fragmentos imposibles, trozos inconexos, inconsistencia. He perdido la oportunidad de compartir el infinito, y ahora y solo, solo puedo ofrecer las sobras de pequeños mundos marchando a la deriva.

La cosa

No lo siento. Cuando te miro a los ojos no presiento nada. Solo observo una muerte lenta. Un pozo ciego y profundo, y en lo más hondo y oscuro ni siquiera hay noche ni barro, solo un fondo, un fondo aguardando como una fosa hambrienta. Ni tan siquiera percibo un calor o humedad o frío. Es un abajo sin nada, rotundo y sin arriba. Una succión que acecha al caminante. Si acaso, solo detecto una mirada apagada, y al final una

especie de algo extraño, un peligro silencioso, como un verso sin vida.

Necesito que vuelas

¡Venga vamos! Súbete a ese columpio y aprovecha, porque la felicidad se va, se marcha como lo hace una lágrima solitaria. Se marchará sin avisar como suele hacer, y lo hará robando tu sonrisa. No es culpa suya, es el vaivén de la vida. ¡Venga vamos, súbete! Porque la felicidad viene y va, ya lo sabes. Así lo hace continuamente, y así lo hará a lo largo de esto que llamados vida. ¡Venga vamos, súbete, arriba! Como cuando eras niña y montabas en aquel columpio. ¿Lo recuerdas? Eras tú y el planeta, y todo. Eras tú, meciéndote suave junto al espacio y tus anhelos. Arriba y abajo y el maravilloso trance del vaivén. Eras tú flotando grácil y eterna, soñando con aquel impulso que te lanzara a lo más alto del aquel cielo de verano. La pequeña gigante, la ninfa de sueños imposibles y cabellos agitados de esperanza y oro. Así era, lo recuerdo a la perfección. El atardecer y el sol cayendo lo doraba todo, y entremezclada, la promesa temprana de una noche reventada de estrellas. Todo eran fuegos, todo eran luces danzando junto a tu vaivén. Tu pelo y fragancia, tu falda al viento, tus pies al aire jugando con la brisa. Cerrabas los ojos, y luego los abrías con fuerza. Y sonreías, con esa luminosa desnudez de la luna y la perla. Y eras tú meciéndote mágica una y otra vez, aferrada a las cadenas y a tus secretos. Aferrada con fuerza al columpio e inmersa en el vaivén de la risa, en el vaivén de un sueño haciéndose realidad. Lo recuerdo, yo estaba allí, soplando como un sueño. ¡Venga vamos, súbete arriba, y hazlo! ¡Más alto, aún más alto, como a ti te gusta! Eras tú embriagada, con aquel deseo de soltarte y salir volando hacia el futuro, temerosa y valiente, y confusa. Los pies bailando sobre versos de aire, el impulso continuo, la ascensión celeste acariciando tu rostro una y otra vez. Y cogías fuerzas. Adelante, atrás y adelante. Eras tú, balanceándote frenética. La emoción. La sonrisa impulsada por el deseo inocente, la carcajada lunática de tus labios enrojecidos, y aquel llanto que nadie veía. Los rayos de tus ojos contenidos bajo los párpados, el corazón bramando bajo el pecho de la niña. La promesa del éxtasis y, las estrellas escapando como lágrimas. Los dientes apretados. La angustia. La ida y la vuelta continua. Y más fuerza. Los anhelos de una muchacha sin zapatos, columpiándose sobre un planeta demasiado viejo. Y yo aún inexistente, tras tu delicada espalda y tu vida y tu continuo vaivén. Susurrando e invisible como cada vez. Yo era aquel calor ausente y alado, el de siempre. El sueño de cada verano. Estuve allí desde el primer balanceo y anhelo, alentando cada uno de tus pensamientos, cada embate, cada intento. Junto a tus risas y comisuras, entre tus lágrimas y fracasos. Allí estaba yo, infinito hasta que llegue mi muerte. ¡Venga vamos, hazlo, súbete arriba y hazlo, vuela! Yo te miro, yo te soplo, no tengas miedo a caer. ¡Coge impulso como tú sabes! No tengas miedo a soltarte, no lo tengas, no lo tengas... ¡tan solo vas a volar! No temas, porque la felicidad

se va, se marcha como lo hace una lágrima solitaria. Es el vaivén, ya sabes. Sentirás el miedo y la dicha, y el sueño del hechizo de aquel verano. Y mi aliento. Abajo solo hay tierra y ciudades, solo queda un planeta ruidoso y demasiado viejo. Yo seguiré aquí como siempre. Y seguiré susurrando con paciencia hasta que lo logres. ¡Venga! Yo me solté hace tiempo, y no tuve más remedio que volar. Y desde entonces te espero volando en soledad, susurrando impaciente, aguardando entre estaciones, soñando porque dejes de aferrarte a las cadenas. Y aquí estoy, soplándote hasta que lleges a mi muerte. Hasta que lleges a volar.

Amor absoluto

Voy a arrebatártelo todo menos la vida. Voy a dártelo todo menos la muerte. No tienes escapatoria.

Solo contigo

Esta noche voy a masturbarme. Voy a hacérmelo mirando a la Luna. Es lo malo del roce solitario, no hay nada mágico en ello. La Luna tiene su magia, y es lunática, y no voy a dejar de mirarla. La noche es clara, y la Luna me persigue maravillosa con su hechizo solitario. Quiero cogerla. Yo siempre tan ebrio y ella tan sobria, tan descarada. Esta noche nos buscaremos, nos encontraremos las miradas. Ella y yo, como de costumbre. No voy a dejar de mirarla. Quiero cogerla. En la penumbra y entre las sombras, en un callejón o en un parque. Íntimos. Ella arriba y yo abajo, eso le gusta. Los dos en silencio y pálidos, sin censura. Es una noche ideal. Es una mujer ideal. Nos rozaremos los ojos, y ella caerá sobre mí, y yo sobre ella. Y celebraremos el otoño una vez más.

La trampa

Siempre había pensado que lo que buscaba en una mujer era que tuviera una chispa de vida en los ojos. Mi debilidad. Un brillo especial en la mirada, esa luz tan imperceptible, y que tan bien se me da detectar. El encendido eterno. Hay que joderse, que tonto y ciego he sido. Tantos años equivocado, y tanto tiempo sin darme cuenta del error. Ahora lo veo perfectamente, el dulce peligro. La maravillosa trampa de ellas y sus ojos. Ese brillo mágico que percibía en sus pupilas dilatadas, era en realidad una tristeza oculta. Era un miedo, el terror a la soledad clamando algo de calor. No era solo una vida contenida en una mirada, era la mayor angustia por la muerte asomando por unos ojos centelleantes. El peor de los miedos palpitando en una noche cada vez más larga y demasiado fría.

Una vida a oscuras y sin conexión. Era la niña, la mujer hembra perdida en el tiempo. Ahora lo entiendo y todo tiene sentido. Al fin y al cabo, lo que percibía en sus ojos era el reflejo de mi propia hambre. El mismo miedo, la misma necesidad, la misma sonrisa. Y resulta que también era la mía, y está en mis propios ojos. El mismo brillo. La misma trampa.

No tengo nada

Es en la otra mirada donde encuentro toda la riqueza que necesito. Lo mío es ambición pura y absoluta. Por eso siempre me marchó con los bolsillos vacíos y unas manos guardadas en ellos. Es en la otra mirada donde busco el viaje, donde encuentro los lugares más maravillosos donde marchar. Lo mío es una expedición a pie de calle en busca de infinitos. Por eso siempre me marchó de regreso de ningún lugar. Me marchó con unos ojos clavados en el suelo, y una mirada enterrada en las estrellas. No tengo nada. Una mirada miope, unos bolsillos vacíos, y unas manos guardadas en ellos.

Llegará la lluvia

He mirado tanto por la ventana que ya no tengo nada que mirar. Finalmente me he convertido en un cristal. Cada día, cada noche mirando. Y cada semana, y cada mes mirando. He mirado tanto por la ventana que me he convertido en un puto cristal, uno demasiado sucio y demasiado rayado. Es triste. Ya ni siquiera entiendo de tiempo o de reflejos; solo de suciedad, de olvido, de rayaduras. Es sencillo. El sol me calienta y la noche me enfría. Y una cortina siempre tras de mí. Soy un cristal sin unos ojos detrás. Una lente, un vidrio, poca cosa. Un cristal aguardando la fricción del agua, esperando el baño de lágrimas, deseando el llanto de la lluvia y sus gotas escurriendo. El anhelo, el anhelo, la dicha, el deseo de la lluvia y sus gotas de agua. El deseo intenso de sus sonrisas lavando y recorriendo mi rostro, rellenando los ojos, desbordándome la mirada.

Y ahora qué

Lo mío era la palabra y ahora quedo en silencio para siempre. Lo mío era la cura y ahora estoy enfermo para siempre. Me hubiera bastado con no abrir los ojos por segunda vez. Me hubiera bastado con mentirme durante el resto de la vida, o con matarte al momento de verte. Lo mío era la ceguera del instante, y ahora puedo verlo todo para siempre. Solo tuvimos que encontrarnos y mirarnos, y nuestros ojos hicieron el resto. Fue en tu mirada donde me encontré con la muerte, la existencia en

estado líquido y su evaporación continua. ¡Dios! Lo mío era morir y morir, y me encontré con la vida. Me encontré la lengua del universo, con el abrumador silencio del amor fornicado, con el mayor estruendo de respuestas en una muda sinfonía de caricias. La histeria más tranquila y placentera. La angustia de perder algo más importante que mi propia vida. No debería haberte mirado a los ojos.

Entre nada y todo

Entre costra y poesía. Entre orines y mares. Entre la muerte y la vida. ¡Llórame joder, llora! Porque si quieres matarme, me quedo con la puñalada trapera a tu condescendencia fatal. Porque prefiero el más profundo de tus llantos, a la más vulgar de tus sonrisas. Entre vergas y coños. Entre caricias y hostias. Entrepiernas y abrazos. ¡Jódeme y llora, lloremos! Enséñame tu rostro verdadero o muere en el olvido para siempre. Porque entonces, ¡qué mierda de vida es esta! Dime qué es esto, dime qué quieres, dime quién eres. Porque si me mientes, mi recuerdo acabará contigo en un suspiro de lamento. Entre bocas y lenguas. Entre luces y sombras. Entre tú y yo. ¡Jódeme, jódete, y jodamos! Porque prefiero tu humanidad más castigada, a cualquiera de tus máscaras, a cualquiera de tus mentiras. Entre rosas y espinas. Entre vivos y muertos. Entre tu cuerpo y el mío. Entre rutina y rutina. Entre lunes y domingos. Entre tragos y salivas. Entre tú y yo. Entre horas y horas. Entre vidas y vidas.

Solo los amantes sobreviven

No hay adónde ir, solo podemos escapar hacia el suburbio. Como dos sombras sin prisa. Como dos almas condenadas. Vayamos a lo más oscuro de la ciudad. Vamos a darnos los muerdos más perversos que puedan dar nuestras hambres. Que nuestras enfermedades incurables se abracen de la lengua, que nuestras bocas desfallezcan y se desborden en esencias. Nos extinguimos en un presente que ya no nos pertenece. Inmersos en esta noche que no termina. No hay nada más. Busquemos algún neón solitario que sea cómplice de nuestras infamias. Tal vez un gato y sus ojos, y los nuestros. Erremos silenciosos, erremos jadeantes, erremos hasta rendirnos al acierto.

C´est la vie

Así es la vida, hay que aprender a hacerlo bienamente, aprender a

joderse.

El más allá es aquí

Es el universo, estrellas y cuerpos sin luz. Y todo seguirá estando negro, y todo se volverá más oscuro. Y todo será el fin. Y solo cuando nos miremos a los ojos veremos algo de luz, nuestra propia luz viviendo. Ese brillo puro. Ese brillo puro de plasma incandescente, que durante un fugaz instante... nos hace infinitos. Somos unos fugitivos. En esta ciudad y en todas, en cualquier lugar. Y si no nos miramos da igual. Y si no nos vemos da lo mismo. Y si cerramos los ojos no importa. Porque en este abrazo nuestro, no hay oscuridad en la que perderse. Y hasta que nos dure, solo habrá infinito. Y la muerte estará esperando como siempre, impaciente, esperando a que dejemos de abrazarnos.

Octubre...

Un octubre inolvidable y consumado. Un octubre de este año, uno sin fechas que valgan. Un octubre de otoños y paseos infinitos. Un otoño de hojas y parques y lluvias. Un otoño de noviembre, de diciembre y de Madrid. Y atrás quedaron los anhelos. Un otoño de deseo de solsticio, de deseo de enero, de deseos de frío, de deseos de invierno y de colmada primavera. Fue un octubre preferido, uno de calores encontrados entre gatos, de deseos de siempre, de purezas y perfectos, de anoches, de madrugadas y de mañanas de caricias. Bajo paraguas. Un otoño imposible y desbordado de sí mismo. Un otoño, deseoso de más otoños... de más octubres.

Gracias por leer...

Entre ángeles caídos que son pocos. Un mundo mediocre, una ciudad cualquiera y una guerra que no termina. Entre letras y canciones. Un pasado de calles, un parque paseado, un ayer y un ahora. ¡Entre la hostia y la puta! Alcantarillas, sirenas y nereidas, una brújula, relojes de arena, tejados sin cielo y nubes de tormenta. Entre principios y confines y, lo que ocurre mientras tanto, mientras respiramos y las olas. Entre la búsqueda y el encuentro, unos solitarios. Otro café amargo, otro cigarro. Los ruidos, los idiotas, el silencio, las penas y sonrisas apareciendo. La vida misma pasando. Entre mis cosas y las tuyas. Entre manos, entre pies a cuatro. Entrepiernas. Un ahora con ganas y dos bocas. Campanas sonando a lo

lejos, y un mar distante que no llega. Entre tú y yo... nosotros, lo nuestro, el son del infinito.

Mariano A. Vico.

(Madrid, 1976) Escritor por necesidad. Autor de las novelas "Perdiendo el Sur" (2012), y "La Torre Gris" (2015).